

El Ruedo

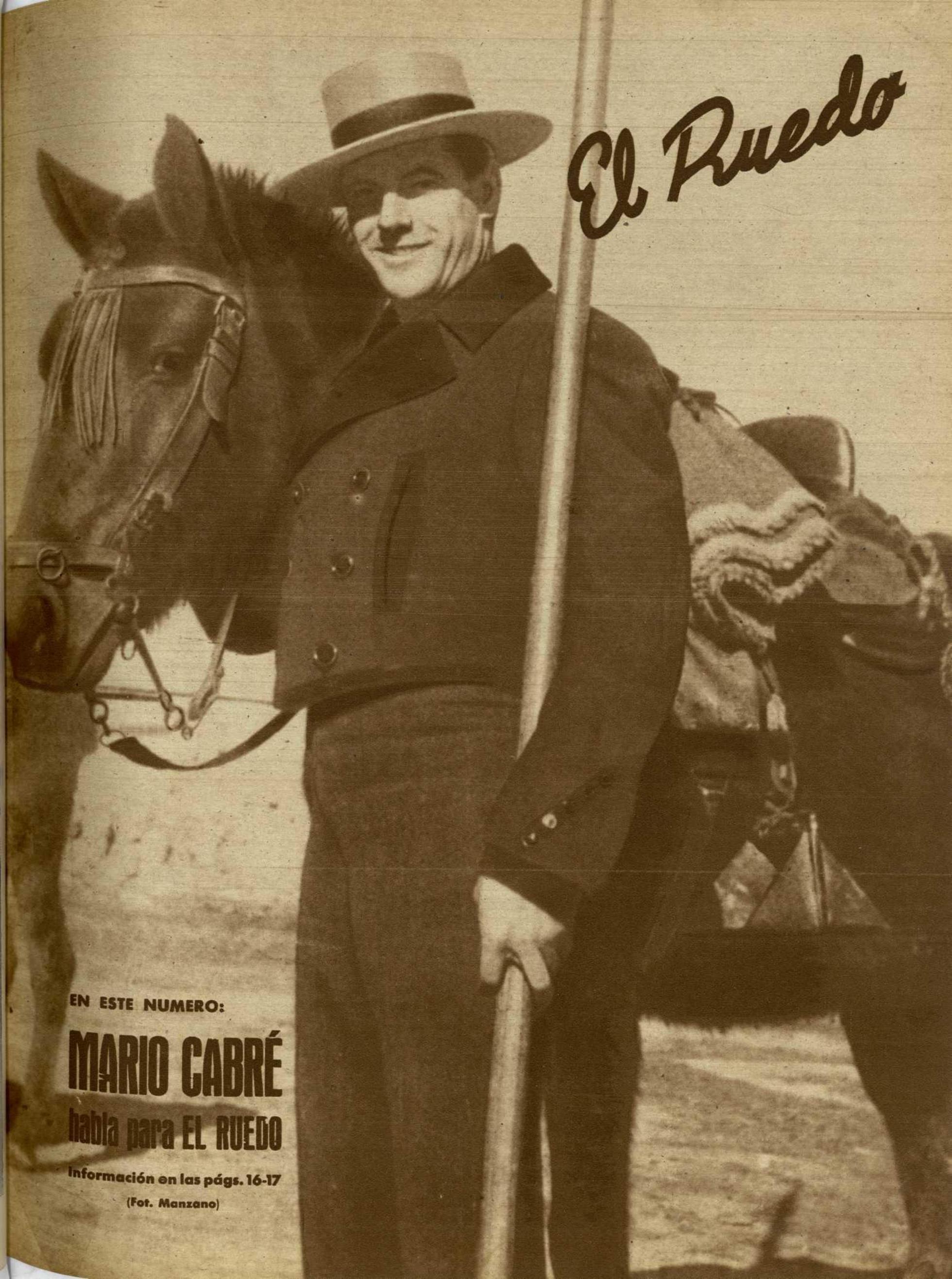


150
Pt.

JAAVEDRA



En Andalucía
(Dibujo de Perea)



El Ruedo

EN ESTE NUMERO:

MARIO CABRÉ

habla para EL RUEDO

Información en las págs. 16-17

(Fot. Manzano)



RAFAEL LLORENTE



El pase natural y el de pecho son la base principal del buen toreo. Ejecutados por RAFAEL LLORENTE de forma maravillosa, hacen de este sublime artista la máxima figura de la novillería.



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



A muy pocas semanas vista, se va a descorrer el telón de esta temporada taurina de 1945; pero el telón que se descubre ante una serie de espectáculos de la singular naturaleza de nuestra fiesta de los toros no descubre ningún misterio. Nunca sabemos si habremos de reír como en la más desorbitada y grotesca astracanada; si habremos de emocionarnos con el presentimiento del drama, entre arreboles de gloria, o si habremos de sentir la angustia de la tragedia mortal. Lo que un día es puro goce estético, nimbado de las luces y los colores más bellos, otro puede trocarse en dolor, con funebres crepones.

El aburrimiento y el hastío — inevitable cortejo —, que turnan también, acaso con

demasiada frecuencia, en el ciclo de una temporada, nada significa en el heroico y tremendo conjunto.

Quisiera, como si fuera algo responsable en el rumbo de los inspechados acontecimientos, hacer pensar a mis amigos lectores sobre lo poco que hoy llevo escrito, como quisiera no haber avivado rencor alguno, no haber predispuesto en ningún caso a unos hombres contra otros nombres en el instante mismo en que éstos se juegan la vida. Resulta tan fácil escribir como gritar: "¡Ahí va esa rata!... ¡A esa mona también yo la torea!"... Pero ya no lo es tanto ponerse ante la rata o ante la mona y conseguir la unánime ovación de millares de seres.

—Para eso ganan dinero, muchísimo dinero—se dice. Conforme; pero si se trata de monas y de ratas, y somos todos tan aficionados a ganar dinero fácilmente, con los menores esfuerzos posibles, ¿por qué no nos hacemos toreros?

Un clamor, con resonancia a veces de trueno, se ha extendido en el paréntesis invernal, inundándolo todo de acritudes. Sospechas e insinuaciones, más o menos insidiosas y perversas, se han convertido casi en artículos de fe. Con una crudeza desusada en otras clases de fiestas y espectáculos, hemos sacado a relucir, cada uno por nuestra cuenta, los trapos sucios, ¡los más sucios trapos!

Del ganadero al diestro, pasando por el empresario, el apoderado y el público, sin olvidarnos de nosotros mismos, todo quedó en línea para ser sistemáticamente zarandeado durante el ocio del invierno. ¡Todos quedaron descubiertos en lo que más hubieran querido ocultar!

Al público, que tan directamente participa en las más graves responsabilidades, se le facilitan armas, cuyo justo uso desconoce, para atacar sin duelo por doquier. Bajo su fallo inexorable, nadie quedará limpio de culpa.

¿Y en qué otro espectáculo ocurre algo semejante?—me pregunto. Y he de responderme con absoluta sinceridad que en ningún otro. Tendrán sus protagonistas, como humanamente es lógico; sus discordias, sus ambiciones y sus conflictos de difícil solución, pero se los guardarán para la intimidad. El público no sabe nada de cómo se organizó un conjunto teatral; si algunos buenos elementos quedaron fuera y otros peores intervinieron por imposiciones de éste o de aquél, o si el empresario coaccionó al autor poco famoso, o si el autor famoso exigió al empresario tantas representaciones, se llenase o no el teatro. Y así en el "cine", y en el circo, y en el fútbol... Y el público, ignorante de aquellas humanas miserias, asiste a los diversos espectáculos por el dinero que le piden, limitándose después a formar y emitir su juicio de lo que ha visto, después de haberlo pasado bien o mal, aplaudiendo o protestando, pero sin inmiscuirse en otras cosas.

Estas consideraciones, y las noticias que dieron cuenta del bochornoso escándalo que produjeron en Méjico los partidarios de distintos diestros, durante una corrida de toros, me han estimulado a pergeñar estas líneas, que pretenden ser una llamada a la concordia.

Acabo sea prematura la invocación, pero es que son ya pocas las semanas que faltan para descorrer el telón ante la temporada, cargada, como siempre, de misteriosos presagios, y hallé oportuno el momento cuando de allende los mares se dice que se finanzia por "truses" los éxitos y los fracasos.

Porque es natural, y es uno de sus principales factores, la pasión en la fiesta; pero la pasión controlada, azuzada con miras económicas, es una intolerable vileza.

Año II -- Madrid, 31 de enero de 1945 -- Núm. 34



EN ESTE NUMERO
LOS TOREROS EN INVIERNO
PAQUITO CASADO, matador de toros y ganadero de reses bravas
(Información en las páginas 4 y 5) (Fot. Arenas)



El matador de toros Paquito Casado hablando con su padre a la entrada de su finca de "El Guijo"

EL paréntesis invernal impone siempre a los toreros una forzada inactividad. Con la excepción, siempre escasa, de los que van a torear a Plazas americanas, los que se quedan aquí aprovechan las jornadas del invierno para descansar y entrenarse a la vez. Porque lo cierto es que para el torero es imprescindible, si quiere mantenerse en forma, no perder en ningún momento el contacto con el toro. Hay que conservar el sitio ante el *enemigo*, y nada mejor que seguir luchando con él. Así lo hace el joven matador de toros y ganadero Paquito Casado, a quien hemos sorprendido en su finca de «El Guijo» tentando unas vaquillas en una placita que alza su improvisada arquitectura junto al caserío del cortijo. Con Paquito están su padre, don Francisco Casado, que tiempos atrás formó en las filas de una de las más famosas agrupaciones cómico-taurinas, y que ahora, además de guiar los pasos de su hijo, tiene otros negocios de gestión y representación relacionados con la fiesta de toros; los banderilleros Vito y Susoni, el novillero Julio Vito, hermano del primero de los rehileteros mencionados, y otros aficionados que sueñan con ver algún día su nombre en los carteles y que sólo Dios sabe si lo conseguirán o se quedarán en el riesgo sin gloria de tientas y herraderos. Cuando se ha dado larga a todas las becerras apartadas, la tarde declina fría y sin sol, y buscamos la grata proximidad de la chimenea rústica, en torno a la cual la conversación se hace más íntima y propicia a la confianza y al comentario. Han llegado para hacer los honores de la casa, con la esplendidez tradicional en Andalucía, la madre y las hermanas de Paquito, Lola y Conchita... Centrada la charla en el tema taurino, van y vienen las preguntas, mientras en el hogar cruje la leña, húmeda por las recientes heladas.

—Yo no busco en el invierno —nos dice Paquito— otra distracción que torear... Algunas veces salgo de caza por estos alrededores; pero para mí no hay más deporte que el toreo, que en el campo tiene, desde luego, más de ejercicio que de arte. Aquí hay que ir a buscar las becerras al cerrado, apartarlas, conducir las al encerradero... A veces me entretengo en acosar y derri-

bar unos becerros. Todo eso divierte y permite mantenerse cerca del toro, que es lo importante...

—Entonces, el fútbol...

—No, no... Yo, cuando voy al fútbol, es para tomar el sol... Pero ya le digo que no me gusta más que torear.

Es incommovible su afirmación. Y admirable en unos momentos en que a lo mejor se encuentra uno a los ases de la torería pendientes de la clasificación de la Liga.

—Mire usted: Cuando yo era pe-



Paquito Casado, con su madre y hermana, en un momento de descanso en la faena campera

Cómo pasan el invierno los toreros

"El mejor entrenamiento es torear"

"Para mí no hay más deporte que el toreo"

queño, siempre le decía a mi padre Pepe Belmonte: «Yo no quiero otra cosa que ser torero... Torear de los caros.» Y como en casa no hubo oposición, en un tentadero de Santa Coloma le di los primeros capotazos a un becerro. Yo tenía entonces once años.

Paquito ha ido en busca de unas fotos que cuelgan en la pared, recuerdos de aquella su primera zaña taurina. Nos trae también una foto en la que aparece su padre clavando un par de banderillas sentado en el suelo, a un novillo de muchos kilos que hoy pasaría sin protestas por un toro de feria. El padre del torero plantea la cuestión del maño del toro. Y Paquito opina:

—Hoy, para hacer el toreo que a la gente le gusta...



En la puerta de su cortijo, Paquito Casado, junto a su caballo, dispuesto a salir al campo

Paquito Casado, ganadero de reses bravas

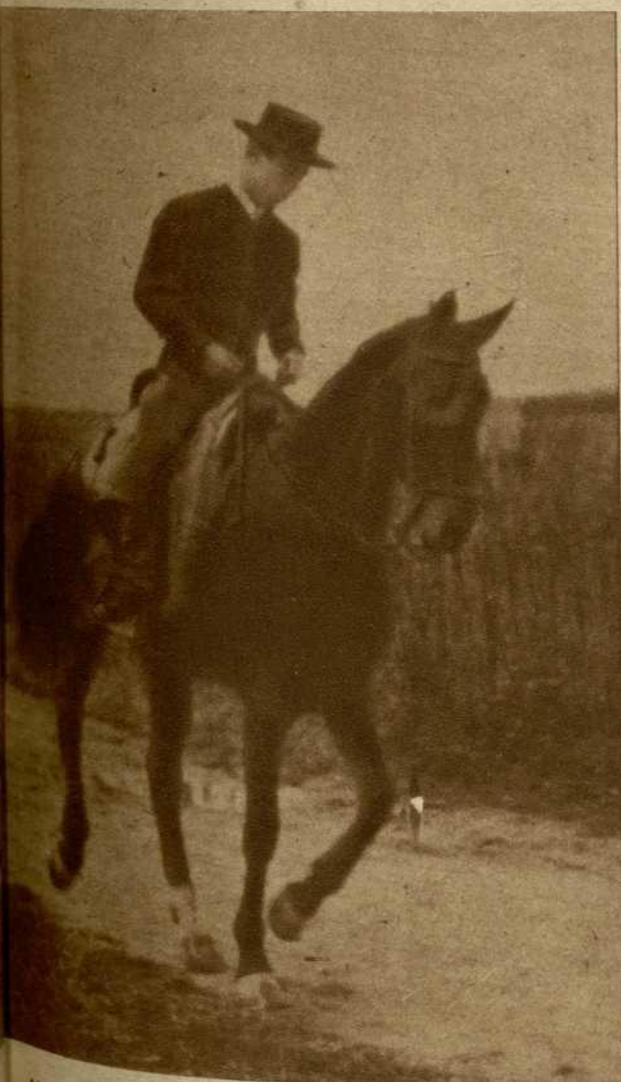
**"Lo ideal sería el toro
de Pablo Romero con
280 kilos"**

**"Al fútbol no voy más
que a tomar el sol"**

ta, es preciso que el toro ande alrededor de los doscientos ochenta kilos. Con ese peso, si el toro tiene la edad reglamentaria, es peligroso siempre. Pero pretender ajustarse con un bicho de cuatrocientos kilos es imposible. Los que piden el toro de ese peso se aburrirían y se marcharían de la Plaza cuando vieran que los toreros no podían hacer otra cosa que darle unos capotazos sin gracia o unos muletazos a distancia. Lo ideal sería el toro de Pablo Romero, con el peso que exigen en Madrid: los doscientos ochenta...

—¿Cómo juzga su última temporada?

—A mi juicio, no fué la mejor. Toreé dieciocho corridas y algunos festivales. La de 1943 me satisfizo más. Toreé treinta y seis. Por el número de co-



Al galope, camino de su finca de "El Guijo", donde habrán de tentarse las reses



Junto a Susoni y Vito, Paquito Casado descansando, en un momento de la tiente

rridas, mis mejores temporadas fueron las de 1939 y 1940. En la primera toreé cincuenta y una novilladas; en la segunda, cuarenta y siete y trece corridas.

—¿Cuáles son sus mejores recuerdos?

—En la temporada pasada quedé muy satisfecho de mi actuación en la corrida del Corpus, que toreé en Granada alternando con Ortega y Manolete, y con ganado del conde de la Corte. Del año 1943 guardo en la memoria la confirmación de mi alternativa en Madrid y las cuatro corridas de la feria de Valencia. En todas ellas corté orejas. De mi época de novillero, recuerdo la corrida que despachamos en Sevilla el 26 de mayo de 1939 Pepe Luis Vázquez, el Yoni, Juanito Doblado y yo. Aquel día corté las cuatro orejas de los dos novillos de Albaserrada que me tocaron en suerte.

—¿Qué público y qué Plaza prefiere?

—El de Madrid es el público que me trató mejor. Creo que es menos apasionado que el de Sevilla. Sin embargo, creo que en la Maestranza es donde uno se encuentra más cómodo y el ambiente es más grato.

—¿Qué suerte prefiere?

—La muleta. Me entusiasma la muleta. Y concretamente, el toreo al natural.

—¿Cuántas cogidas graves ha sufrido?

Interviene la madre del torero. Para ella, todos los percances, como es lógico, son importantes: llevan a su ánimo la inquietud y el dolor.

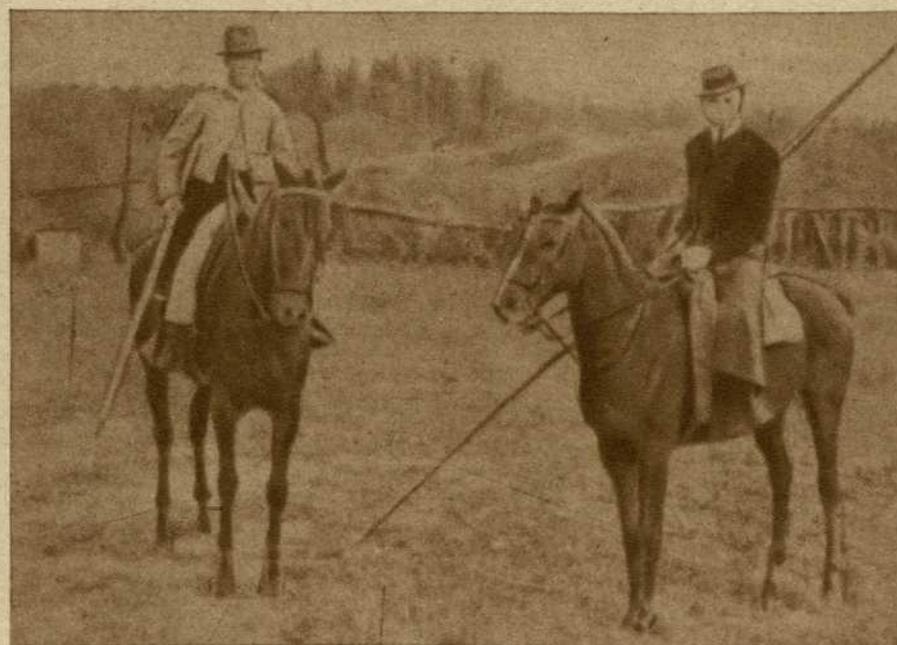
—Graves —dice Paquito— he tenido cuatro cogidas: en Sevilla, Madrid, Talavera y el Puerto de Santa María.

Se habla después de la temporada próxima, que se presenta bajo el signo de la competencia. Pero Paquito no teme rivalidades, porque nunca buscó alivios ni vaciló en arrimarse al peligro. En Sevilla lo demostró aceptando entrar en la corrida de la Vejez del Toreo de hace dos años, para despachar un lote de don Isaías y don Tulio Vázquez.

Paquito nos habla, finalmente, de su ganadería. Lo que otros consiguieron tras muchos años de lucha, para Paquito Casado fué realidad en plena juventud. Ciento ochenta cabezas compradas a don Clemente Tassara fueron la inicial de su ganadería. Después sumó otras puntas de ganado, y hoy cuenta con cerca de medio millar de reses.

FRANCISCO HARBONA

Fotos Arenas



Paquito Casado, con el conocedor de su ganadería, en pleno campo, contemplando las faenas de tiente

La próxima temporada



Manolete
distribuye
las
sesenta
corridas
contratadas

**Pagés figura en
primer lugar,
con catorce
para sus Plazas**

UNA de las causas que, sin duda, han motivado el bajo nivel artístico a que en la pasada temporada se llegó, en la fiesta taurina, ha sido la enorme cantidad de compromisos adquiridos por los diestros más cotizados. De entre los muchos excesos que con el buen aficionado se han cometido, es sabido que este aspecto del que hoy nos ocupamos ha sido el principal motivo.

Durante el año taurino que finó —y que parecía que no iba a hacerlo— no han sido pocas las ocasiones en que los modernos "maestros" han tenido que efectuar una serie de combinaciones para poder atender a las innumerables firmas estampadas en los contratos con las Empresas de Toros, y estar en las Plazas respectivas, si no antes del comienzo de la corrida..., al menos antes de que ésta termine.

Aquellas proezas de los antiguos matadores, que acudían a tres Plazas durante la misma fecha y que fueron causa de que nuestros mayores los recordaran con acentos de sincera admiración, han quedado muy atrás, y así, no ha sido hoy la vez primera que un torero ha tenido que salir del coso vestido de luces, meterse en el coche y empezar de nuevo en otra ciudad distinta, tras salvar cientos de kilómetros sin reposar, con el cansancio natural de tan penosos viajes. Ni tampoco es cosa ya del otro jueves que los diestros hayan cambiado su turno con el compañero, saltándose "a la torera" —nunca más exacta la frase— todas las leyes y prerrogativas que la antigüedad confiere. Y de seguir enumerando, estas consideraciones se harían interminables. Y mientras, Juan Pagano acudiendo una y otra vez a la taquilla de billetes, o a los desahensivos revendedores, para no quedarse sin presenciar la fiesta.

Y hacemos mención de lo que antecede con motivo de una decisión tomada por el cordobés Manuel Rodríguez, Manolete, que, de cumplirse, beneficiará a la buena marcha de los festejos taurinos extraordinariamente y terminará con aquellos lamentables espectáculos: el torero tendrá más descanso, y sus condiciones físicas, esenciales en esta lucha entre el hombre y la fiera, serán inmejorables, con lo que todos saldremos ganando.

Manolete, pues, ha anunciado que sólo tomará parte durante la temporada que se acerca en sesenta corridas, de las cuales hay ya distribuidas cincuenta y seis en la siguiente forma: Pagés figura a la cabeza de la lista con catorce compromisos firmados por el fenómeno cordobés; tras él sigue la Empresa valenciana, que ha logrado trece; luego va el empresario señor Chopera, con nueve, y tras él sigue Madrid, para cuya Plaza ha firmado Manolete cuatro corridas ordinarias y dos más, que tendrán carácter benéfico, con lo que serán seis las que toreará en la Monumental madrileña, y tras la capital de España siguen Bilbao, con seis también; Barcelona, con cuatro solamente, y Logroño y Jumillano, cada Empresa con dos.



E F E M E R I D E S

De MIERCOLES a MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

ENERO

31

MIERCOLES

DESPUES de mucho buscar y rebuscar, tan sólo en un 31 de enero, año 1886, encontramos algo digno de contar a los lectores de EL RUEDO. En México vivía Bernardo Gaviño y Rueda, nacido en Puerto Real el 20 de agosto de 1812. Fue discípulo y algo pariente de Juan León, Leoncillo, y subalterno, más tarde, del matador de toros Bartolomé Jiménez. Tenía setenta y tres años, cinco meses y veintidós días exactamente cuando —nadie antes ni después tal hiciera— se vistió de luces en cumplimiento de contrato, para actuar en la feria de Texcoco, con una cuadrilla que hoy llamaríamos de saldo. No debía de ser millonario. Al tercer toro, de Ayala, "bravo, de poder y ligero de patas", el anciano Gaviño le dió, con no mucha soltura, un pase delan-

tero. Se revolvió el morlaco y "sin poder enmendarse el viejo torero, por falta de facultades, al comerle el terreno el nervioso animal, fué enganchado por la espaldada, suspendido y engatillado". Como consecuencia de la tremenda cornada, once días después murió en la ciudad de México el infortunado gaditano, que con anterioridad decidió cruzar el Atlántico por disgustos de familia.

Descanse en paz, arranquemos la hoja de enero y pasemos a febrero. En el año 1868, el día 1 de este mes —que debieran consignar en rojo todos los manicomios del mundo, por aquello de "febrero loco"—, nació Cándido Martínez y Pingarrón, Mancheguito, que se malogró por algo distinto a lo que les sucedió y sucede a la mayor parte de sus compañeros de todas las épocas, presentes y pasadas. ¡Era tan humilde!... El 9 de noviembre del 95, alternando con Reverte, le dió la alternativa Fabrillo. De Mancheguito, críticos y aficionados hablaban bien. Y hasta sus compañeros. Era valiente y pundonoroso. Pero le perdió su amor a la patria chica. Lejos del cotarro taurino, en Albacete, adonde marchaba en cuanto cumplía sus compromisos, se fué marchitando como "flor de un día", tango o poesía. También un día 1 de febrero, el del primer año de este siglo en que vivimos, nació Juan Luis de la Rosa, de quien más adelante tendremos ocasión de ocuparnos.

El 2 de febrero de 1910 hizo su presentación en Madrid Alfonso Cela. Celita, torero basto, pero valiente, que aun en tiempos de Belmonte y Joseplito llegó a torear, del 914 al 17, más de veinte corridas por temporada.

Sigamos. El 3 de febrero de 1819 nació, en Puerto de Santa María, Francisco Puerto y Santo, mejor "don Juan" afortunado que diestro en su profesión, en la mejor de sus acepciones. Ya maduro se casó con la viuda del gran Francisco Montes, y murió a los ochenta y tres años.

En el año 1907, el día 4 de febrero, como ya antes alguien ha dicho acertadamente, tontamente murió en Valdemorillo, provincia de Madrid, José Melo de la Cruz, Melito, alcanzado por un toro de padres desconocidos, morucho, con arrobos y con dos puñales verdaderamente asesinos. Tras de su primera aparición en la Plaza de Toros de Madrid, en noviembre de 1902, con un cartel bien cimentado y un historial prometedor, cuando nada se le había perdido en Valdemorillo —al igual que les sucede a los galanes de "cine" que se meten a toreros circunstanciales, con exposición de que un chotejo les desfigure el físico, que buenos miles de pesetas les reporta—, murió el pobre Melito, a los tres días, en la capital de España, después de sufrir un penosísimo traslado, mal acondicionado sobre un colchón y medio muerto de frío por la nieve y los vientos enfurecidos en derredor suyo.

El día 5 de febrero de 1818 nació Gregorio Loja, banderillero relativamente famoso, que comenzó en su profesión, como puntillero, allá por el año 1837.

Y, por fin, el 6 de febrero de 1859 —fecha en que en el 831 nació Antonio Sánchez, y en el 918 murió Cuatro Dedos—, se celebró la corrida a beneficio del Sombrero, Antonio Ruiz por verdadero nombre, que causó admiración por su arte y repulsión por su manera de ser, a juicio de escritores contemporáneos suyos de tan probada ecuanimidad como don José Velázquez y Sánchez, autor de los famosos "Anales del Toreo". También, aunque sólo fuera para el desfile, vistióse Antonio Ruiz de torero en la corrida aludida, que organizó Cuchares un año antes de la muerte del beneficiario, compadecido por su desventurada situación económica. A pesar del reclamo en verso de don Clarcencio

FEBRERO

6

MARTES

LOS TOREROS GANADEROS

MARCIAL LALANDA habla de sus tiempos, de los de ahora y de sus actividades taurinas fuera del peligro de los ruedos

"¡Con siete hijos, no hay más remedio que seguir trabajando!"



Marcial Lalanda en la actualidad

RECORDANDO toda la limpia historia taurina de Marcial, a quien la letra de un pasodoble le decía «eres el más grande», y los públicos, encendidos de entusiasmo, reñendaban en las Plazas tal aserto con música de ovaciones, hemos querido escuchar de labios del inventor de aquel maravilloso quite de la mariposa su autorizada opinión sobre el momento actual del toreo. Antes de llegar a la entraña de la conversación preguntó a Lalanda:

—¿Está usted decidido a no volver a torear?

—Absolutamente decidido. Jamás volveré a vestir el traje de luces.

—Sin embargo, usted no es viejo, y todavía...

—Aun no siendo viejo, ya en las últimas actuaciones de mi despedida me notaba merma de facultades físicas.

—¿Cuántos años ha ejercido la arriesgada profesión?

—Veintituno.

—Y en su vida torera, ¿a cuántas reses dió muerte?

—Entre becerros, novillos y toros, maté 2.698. Toros, 2.393.

—¡Buena cifra! ¿Y tuvo muchos percances?

—Cinco cornadas. Sólo una de ellas grave. Como usted verá he tenido más suerte que percances.

En efecto, para tan dilatado periplo taurino Marcial sufrió escasas cogidas; pero no todo lo hace la suerte. Infiere la sabiduría, el conocimiento que se tenga de los toros, y en esto Lalanda fué también un verdadero maestro. Hay toreros a quienes cogen los toros algunas veces, y otros que son cogidos por su propia torpeza.

—Como ganadero, ¿qué juicio merece la actitud de púera parte de la Prensa y del público, ante la insignificancia de los toros que se lidian?

—Mi juicio es que, en realidad, todos tenemos la culpa: los ganaderos, porque damos poco de comer a los toros, bien por la escasez de pastos

y piensos o por la razón que sea; naturalmente, los toros están desnutridos y flojos; el público, porque cuando ve un toro insignificante grita y se enfurece, pero acaba aplaudiendo con idéntico calor cuando el torero hace con el toro protestado tres monerías, y la crítica, porque en lo que debiera insistir abiertamente es en que se cumpla el Reglamento. Con cefirse en absoluto a sus artículos, las cosas cambiarían en el acto.

—Pero entonces las corridas...

—Se reducirían, en el acto también, a un veinte o treinta por ciento de las que se dan ahora. Pero, claro, eso de pronto no puede hacerse. Se irrogan muchos perjuicios.

—Sin embargo, en un periodo de ocho o diez años...

—A la aplicación rigurosa del Reglamento... Ya sabe usted lo que está ocurriendo en Méjico...

—Pues no lo sé. ¿Qué ocurre en Méjico?

—Yo sí, porque soy representante en España de la Empresa de El Torea y tengo frecuentes noticias.

—Cuenta, que eso puede ser interesante.

—Allí el Reglamento dice que los toros han de tener 470 kilos en vivo, y alrededor de ese peso tenían. De algún tiempo a esta parte ha disminuido el tamaño de los toros; la Empresa se vió obligada a elevar el precio de las localidades, y la crítica, por estas y otras razones, en criterio unánime, ha cerrado violentamente en sus crónicas contra Empresa, ganaderos y toreros, provocando el público, soliviantado por la influencia de esa campaña, escándalos mayúsculos en cada corrida.

—Pero aquí es distinto.

—Naturalmente. Ya le dije que esa actitud es arbitraria.

—Y a propósito de Méjico, ¿usted cree que la actuación de los toreros mejicanos influirá en la de los toreros españoles?

—En absoluto. ¡De Méjico salieron dos toreros muy buenos: Gaona y Armillita. Sin embargo, de ninguno de aquellos tuvieron nada que aprender los nuestros, porque en éstos hay mejor calidad.

—¿Y Arruza?

—Arruza es muy valiente. Tenga usted en cuenta que allí los toros que se lidian son más grandes, y claro, al llegar aquí...

—Se habló hace poco de que había vendido usted una de sus ganaderías.

—Estuve en negociaciones, pero no llegué a realizar la venta. Como me las destruyeron en la revolución, ahora las estoy rehaciendo. En la que más cariño pongo es en la formada con vacas y semental de Albaserrada, reses que se lidiarán a nombre de mi mujer, Emilia Mejía.

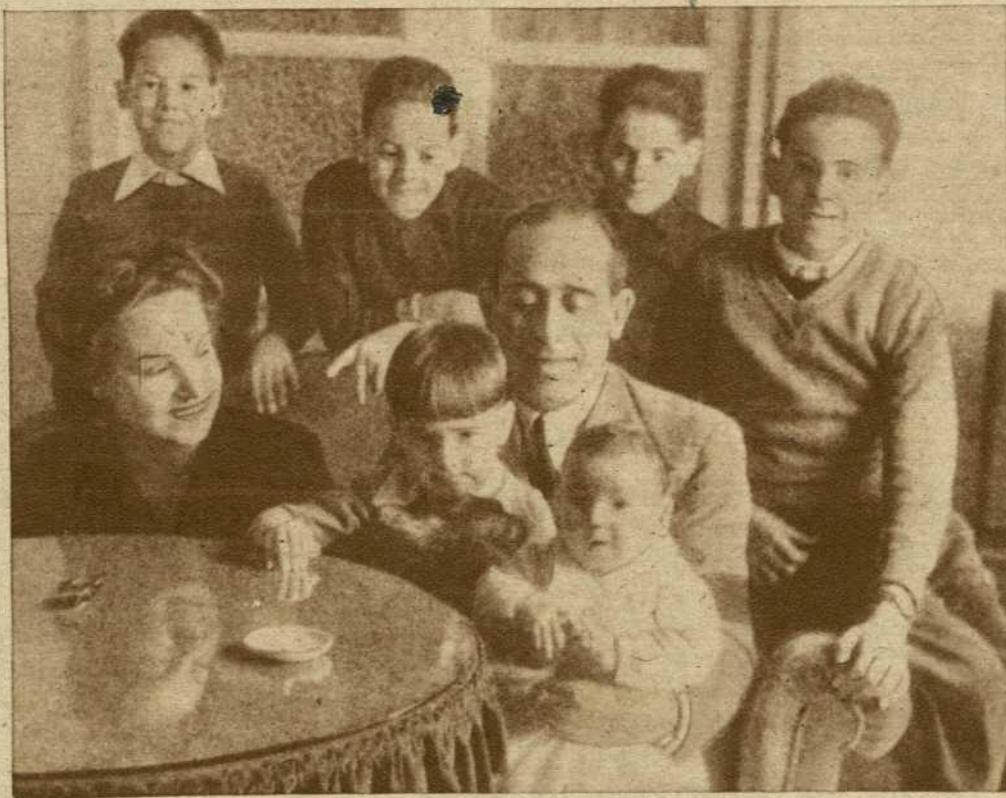
Marcial Lalanda, el que fué gran torero un día, vive hoy en la paz de su hogar rodeado del cariño de los suyos, lejos de la zozobra que a todos acarrecaba la arriesgada profesión. Comparte sus actividades entre el campo con sus ganaderías, y la representación de Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín. Me dice que es muy difícil desligarse en absoluto de lo que ha constituido su vida.

—¿Y no le preocupa que cualquiera de estos chavales —Marcial es padre de siete hijos— sienta cosquilleo de la afición?

—No creo. Les falta el ambiente. En casa no se habla de toros. ¡Y como yo ya no toreo! Estudian casi todos. A unos los suspenden y a otros les dan sobresaliente... Veremos.

Y Marcial los va besando a todos porque tiene que salir. El coche le espera a la puerta.

MIGUEL RODENAS



El ex torero con su infantil cuadrilla, de la que falta un "peón", que estaba en el colegio cuando llegó el fotógrafo. (Fots. Zarco)



José Román Manfredi
APODERADO

Huertas, 54
MADRID

Teléfono
77986

EDUARDO LICEAGA



Otro novillero mejicano, bien saturado de prestigio y de admiración en los ruedos aztecas, que llegará a España en brevísimo plazo, para conquistar en los nuevos el renombre a que su afición y su arte le hacen acreedor.

Hermano de David, este Eduardo Liceaga posee las mismas características de valor, estilo y voluntad que tanto lustre dieron a aquél a lo largo de sus triunfales actuaciones en nuestros ruedos.

Pero en Eduardo Liceaga, por fuero y por ímpetu de juventud, ha prendido también la gama impresionante del toreo moderno, que el joven novillero practica con el mismo dominio y tanta emoción como el que más.

Torero de calidad personal, amplio y variadísimo repertorio, afición creciente y una inquebrantable voluntad de triunfo, llega a España Eduardo Liceaga dispuesto y decidido a llevarse a Méjico la alternativa de matador de toros, y, juntamente con ella, la consideración y el cariño de los aficionados españoles.

Si todo su bagaje artístico es como la muestra gráfica que en estas páginas ofrecemos, puede pronosticarse, sin un gran riesgo de incurrir en error, que Eduardo Liceaga conseguirá su propósito captando la admiración de nuestros públicos tan pronto como ante ellos se presente.



LAS CORRIDAS DE TOROS, a través de quienes las presiden en la Plaza de Madrid

Por EMILIO GARCIA ROJO



Don Joaquín Caruncho



Don Arturo Cartier



Don Rafael de la Plaza

TAL y como se desenvuelve en los momentos actuales la Fiesta, constituye nota muy interesante la misión a desarrollar por los presidentes de las corridas. A su condición de aficionados hay que agregar el tacto especialísimo que reclama el de la autoridad encargada de velar por el fiel cumplimiento de un Reglamento, al que, por su misma amplitud y espíritu de justicia, hay que atender en sus pormenores. Los muchos palillos a tocar que tras de sí lleva consigo la organización de una corrida, es labor ardua y de detalle, que pesa sobre el presidente del festejo. La habilidad de una gestión subsana a veces errores tercos de un pretendido derecho; la energía correcta, en otras, obliga a todos a cumplir en sus obligaciones, y la serenidad en las más reduce a la obediencia colectiva, a los vocingleros exaltados, quienes, en muchos casos, con sus algarabías, dan rienda suelta a sus desenfundados caprichos y partidismos.

Y por considerar muy interesante la opinión de estos hombres, desde su punto de vista de aficionados y de autoridad, a los tres que habitualmente alternan en Madrid en su difícil misión nos hemos dirigido, luego de vencer no pocos escrúpulos y allanar naturales dificultades. Los tres son comisarios del Cuerpo general de Policía, y por la afición son bien conocidos: Don Joaquín Caruncho, don Rafael de La Plaza y don Arturo Cartier.

A los tres reuno y, dispuestos a complacerme, se someten a todo interrogatorio.

—Ustedes, como presidentes, como representantes de la autoridad, ¿cuál es su criterio acerca de la fiesta en estos momentos?

Y Cartier, muy decidido y con aptitud de aficionado rabioso, exclama:

—Francamente favorable. Pese a sus detractores, la fiesta de toros, tan viril, tan vistosa y tan artística, satisface nuestros entusiasmos y responde, como ninguna otra, a nuestro temperamento. Por algo se la llama nacional.

—Desde que la Empresa anuncia un festejo, ¿cuál es su misión y el punto más esencial de atención o preferencia?

Y ahora quien responde, como más antiguo en el cargo, es don Joaquín Caruncho. Con su cachaza gallega y expresión clara dice:

—Por precepto reglamentario, veinticuatro horas antes de celebrarse el espectáculo, o con mayor antelación si la Empresa lo solicita, a fin de tener tiempo, en caso necesario, para el transporte de otras reses, tenemos que efectuar un reconocimiento previo de aquellas que han de lidiarse, con el asesoramiento técnico de los veterinarios, desechando los animales que no reúnan las condiciones mínimas de lidia. También ha de efectuarse el de los caballos a utilizar durante la corrida, examinándose asimismo las puyas y banderillas, al objeto de comprobar si se ajustan a lo dispuesto en el Reglamento. El día de la corrida, dos horas antes de la anunciada para efectuar el apartado, se verifica un nuevo y definitivo reconocimiento de las reses, y emitido el informe de los veterinarios sobre las condiciones de las mismas, se procede al sorteo para señalar el orden de lidia de los toros, y por último, a su euchiqueramiento. Terminado el espectáculo, se comprueba el peso y se da cuenta del mismo a la Superioridad, así como también de cuantos incidentes haya surgido durante la corrida.

—¿Qué opinan del toro en el momento actual?

Como movido por un resorte, don Rafael de La Plaza, que hasta ahora asintió con ligeros movimientos de cabeza a lo dicho por sus compañeros, con firmeza asegura lo siguiente:

—Tenemos que rendirnos, forzosamente, a la evidencia: El toro actual es, sin género de duda, deficiente en poder y resistencia. Existen causas que no son de momento para analizar —y menos por nosotros—, como posible justificación de la frecuente irregularidad; pero todo viene, a fin de cuentas, a restar méritos a los verdaderos toreros, a perjudicar a la afición y a colocarnos a nosotros en verdaderos breves.

—De una manera general, ¿qué impresión les produce el público con sus actitudes?

Y Cartier, muy habituado al trance, afirma, con su serenidad acostumbrada:

—En general, la impresión que yo sufro guarda estrecha relación con la justicia o la pasión que motivan la protesta. Es evidente que el público no siempre tiene razón en sus algarabías estruendosas, sobre todo cuando nuestra determinación va encaminada al estricto cumplimiento del Reglamento. La actitud de la masa entonces, por injusta, nos desagrada y, por el contrario, es siempre halagadora para nosotros —¿por qué negarlo?— cuando nos aplauden, o también cuando protestan, si los móviles que impulsan la contrariedad casi colectiva encierran en sí un espíritu de justicia. Porque a veces las cosas...

—¿Cuál es a su juicio, como aficionados más bien, el punto vulnerable o, simplemente débil, de cada corrida?

Y Plaza, que siente la fiesta como el primero, y a la que dedica, como buen técnico, sus actividades, replica:

—Sin género de dudas, la suerte de varas. Debido a las condiciones del ganado, y tal vez a la escasez de profesionales hábiles, no se ejecuta en debida forma, siendo muy frecuentes los "marronzos", el puyazo bajo, el recargar la suerte y, sobre todo, la intolerable "carioca", procedimiento que convierte el tercio de varas, tan vistoso, tan bravío y tan interesante, en tema de aburrimiento, cuando no de escándalo.

—¿Consideran, aconsejados por su experiencia en los cargos, introducir alguna modificación en el Reglamento de la fiesta?

Caruncho sale al paso de la preguntita muy prevenido y con estas palabras:

—De momento, no es posible contestar concretamente. El Reglamento actual, que es el mejor de todos los espectáculos —afirma—, está, a nuestro juicio, perfectamente desarrollado, y si bien es verdad que en la práctica se observan algunas deficiencias, son éstas tan sin importancia, que no merecen la pena de ser modificadas. Esto no quiere decir que si las circunstancias cambiaran, por nuestra parte seríamos los primeros en aconsejar las modificaciones adecuadas. Pero hoy por hoy vamos a dejar las cosas tal y como están. ¿No le parece?

Y a confesión de parte hago punto final en la amibia charla con estos tres hombres, quienes en su cometido acusan en todo momento ese tacto especialísimo que reclama la orientación que ha de darse a una multitud, saturada de partidismos y pasiones, al servicio del espectáculo que, por ser genuinamente español, acaso sea el de nuestros mayores entusiasmos.



El abono de Madrid, clave del viejo mundo torero

Por CLARITO

Para Juan León, elocuente pregonero del abono, en EL RUEDO.

ESTE año, la Pascua, madrugadora, tocará a gloria el día 1.º de abril. Antes, las campanas de la Resurrección sonaban en Madrid a fiesta grande del toreo. Eran el nuncio alborozado de la temporada de primavera. Y a su repique, el mundillo taurino, que tenía su sede principal en la calle de Sevilla, se conmovía, bullicioso y alegre, como se alegra y remueve el campo con los cánticos de la alondra saludando al amanecer.

Tras la corrida del Domingo de Resurrección —que sembraba de peñas, mantillas, pañolones y otros rumbosos atavíos aquella esbelta y bien proporcionada plaza mudéjar, mejor trazada para teatro del arte que esta otra monumental construida en servidumbre de la industria—, el lunes pascual abría, indefectiblemente, la puerta al abono. Al abono de Madrid, que venía a ser en los toros otro tanto que el abono del Real en la ópera; el eje a cuyo alrededor giraba el mundo torero, la clave del arco de la actualidad artística.

Bombita y Machaquito —para hablar de mi tiempo—, o Joselito y Belmonte, o sus inmediatos sucesores en las primeras jorruquas, colaboraban a la solemnidad de la apertura. Toreaban la «primera de abono». Sacrificando eso que ahora se llama «representación en la temporada» —con un cierto y apuesto trifido de variedades—, los ases alternaban a precios ordinarios en la primera. Guardaban esa consideración al público. O bien el público hacía que se la guardasen. Que no hay guardián mejor de todas las cosas que uno mismo.

Con los ases, bajo su advocación, o a su sombra, se sumaba al elenco un puñado de «segundos brillantes». Y un nombre nuevo, o dos todo lo más, de aquel o aquellos novilleros capaces de hacerse matadores con alguna esperanza y algún fundamento, sin entrar en docena a tomar la alternativa, por tomar algo, como en los establecimientos de consumición obligatoria.

Junto a los toreros figuraba en el cartel lo más granado de los toros, las divisas de prestigio mayor: sus reses punteras, recreadas en cerrado aparte, «especiales», que no es igual que «especializadas», para Madrid. Cuando, hogaño, hay ganaderos de primerísima fila, que le dan más quiebro que un torero a la Plaza madrileña, para no aportar por ella y mantener así, sin lucha, incólume, la fama grande y fácil de provincias, en aquella época del abono esa fama no hubiera podido alimentarse a extramuros de él. De modo que un conde de Santacoloma, un Murube, un marqués de Saltillo, no encasillados en las fechas ordinarias o extraordinarias del cartel de abono, hubiesen tomado a desmerecimiento y grande agravio su exclusión.

Todo dispuesto, fechas, diestros y divisas, al final de mayo —el mes madrileño de los toros, el mes cenital de su genio y su poder—, en la primavera taurina habían florecido los nuevos valores y reafirmado su madurez los viejos. Madrid, centro y espejo de la fiesta, daba en aquellas sus selecciones de mayo y junio la norma y pauta a los cosos provincianos. ¡Bien lejos de soñar que en un porvenir alevé, más provinciano su ruedo monumental que ningún otro, había de esperar las enseñanzas de provincias y recoger sus sobras y despojos, tanto del plantel de diestros como del campo ganadero...!

Tocarán las campanas a Pascua el 1.º de abril. Pero son estos días críticos de la invernada los días en que tiene su sazón —desazón— organizadora el abono. Y como nada se organiza, salvo tal cual cena empresarial —más bien merienda—, cabe predecir que tampoco este año lo habrá. Que, como hace ya varios, la corrida de Pascua —funeral en el magno cementerio— será el preludio de una ensalada de festejos sin norte ni criterio, hilvanada a la de Dios nos valga. Brillante si las cosas se enredan bien o desastrosa si se enredan como el año pasado.

¿Por qué —admirado Juan León— ha muerto el abono de Madrid? ¿Por qué? «Por la tarjeta (o carnet) de reserva» —dicen algunos. No es así. La tarjeta daña tanto a la Empresa como al gran público. A la Empresa, a cambio de una cuota por la que no compromete sino una vaga promesa, le deja en descubierto, los días flacos, localidades que el abono le aseguraría. Al gran público le pone a merced de la reventa clandestina. Porque una pléyade de pelafustanes, que nunca correría el riesgo de proveerse de un par de abonos, ni siempre podría disponer del numerario que su desembolso exige, acapara fácilmente la Plaza armando de un par de tarjetas que luego amortiza en las fechas sonadas de las corridas benéficas. Tiene más de amargo que de dulce el dulce de la tarjeta. Sin contar que, ya en plan de innovaciones, el abonado serio que acepta con resignación el pago de una tarjeta en blanco, haría frente con gusto a una prima de Contaduría por los términos conocidos y formalizados de un cartel de abono.

Tampoco tiene consistencia el argumento de las dificultades insuperables. Con un mes de anticipación se confeccionan los abonos de Sevilla, de Pamplona, de Valladolid, de Bilbao —cinco y seis corridas— y el de Valencia, que oscila entre nueve y once. Y con más de dos meses se elaboraba el de Madrid, cuando los requisitos reglamentarios del ganado eran harto más peliagudos que hoy día. Cierzo que entonces regía la temporada un sastre —conocedor del paño—, hombre rústico y socarrón, de pocas letras, de menos números, a quien le cabían en una muy sumaria agenda de bolsillo los datos y cuentas del espectáculo, y cuya sagacidad y mano izquierda no han tenido sucesión.

Lo mismo de quebradizos y deleznales son otros argumentos. «Los toreros —se alega— piden mucho: imponen ganaderías determinadas y hasta determinados compañeros.» Muy bien. Pero, ¿es que el día que toreen fuera del abono no tendrán idénticas exigencias? ¿Por qué, pues, no complacerles antes y acoplarlos? «A los toreros —se dice— no les corre prisa contratarse en Madrid.» Cierzo. Pero si se les conminase a torear en el abono, sopena de no torear en todo el año en Madrid, por público y autorizado compromiso con el público —en las cláusulas del cartel—, entonces, ¿les correría o no les correría prisa...?

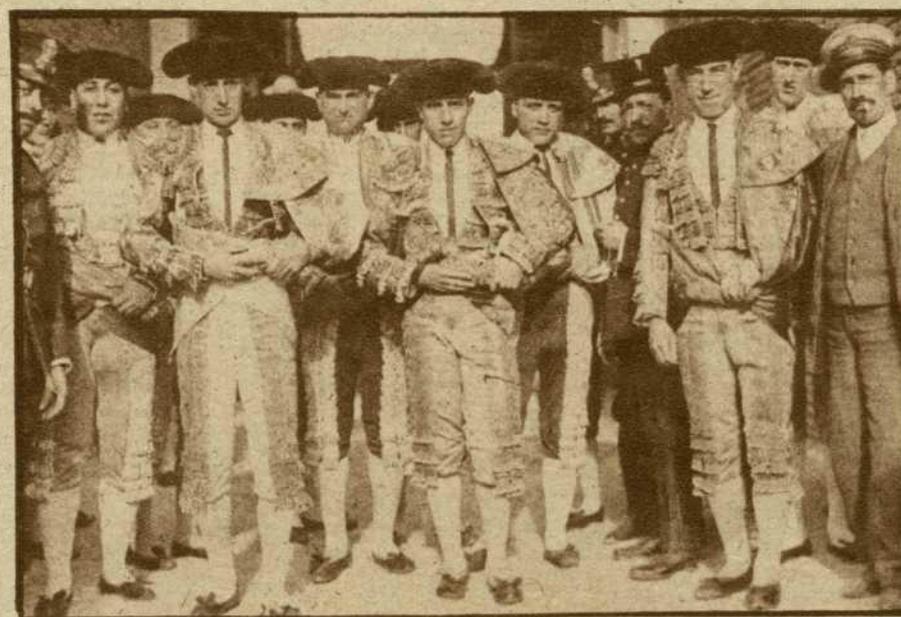
No. Lo que hay, en el fondo, es, seguramente, una razón de comodidad. El empresario sólo se quiebra la cabeza para anunciar: «Van a venir todos.» Los toreros se molestan no más que en propagar: «Todos vamos a venir.» Luego, Empresa y toreros esperan su hora más cómoda. Si esa hora coincide, la temporada se organiza ella sola. Pero si las



La bella Plaza mudéjar, esbelta, proporcionada, teatro de arte, en que se reían las caras de los toreros y el detalle de las suertes



Joselito y Belmonte, los dos grandes capitanes del antiguo abono de Madrid, que torearán la primera a precio de corrida abonada



Pastor, Gallito y Belmonte antes de la corrida de Miura en que alternaron en la Plaza de Madrid

comodidades son rivales, ocurre lo que el año pasado: que los cinco o seis toreros más en auge solamente pasaron por Madrid en las fiestas benéficas o ni en éstas. De suerte que, a no ocurrírsele al Papa Negro poner en jaque a su dinastía torera, todavía no hubiera comenzado la temporada que se fué...

Quizá todas estas disquisiciones —hoy tema de peñas y tertulias— no son ya sino regusto literario del pasado: apego de viejo a la tradición. Regusto que otros paladares también sienten. (Y es del dominio público que un hombre de negocios taurinos ha ofrecido seiscientos mil pesetas a la Empresa por el arriendo del coso para un abono de seis). Pero las tradiciones

—y la vida lo evidencia cada día— encierran algo más que su arboladura de romántica nostalgia. Algo más que el murmullo de su leyenda y que el ruido, gárrulo, de la costumbre. Tienen siempre una honda raíz experimental. Y desde que el abono de Madrid murió, al arco de la profesión se le ha roto la clave: la primera Plaza de España ha perdido su primacía, y el desbarajuste y confusión han cundido hasta la linde del caos...

ENTRE los *auxiliares* de las fiestas de toros, quizá sean los cabestros los que con mayor inteligencia y espíritu de sacrificio colaboran desde que el becerro se cieta, hasta que ya toro —o lo que sea— queda en el cajón camino de su fin a manos del que la suerte o la cuquería le tenga destinado.

No es fácil describir una parada de bueyes si hemos de rebasar el colorismo para meternos en requilorios de mayor enjundia.

Al toro que su mala suerte le destina —¡tan violentamente!— al menester de cabestro, debe mirársele con respeto y hasta con cariño. Su trabajo ha de estar siempre asonantado con el *alambre* —los cencerros que les cuelgan del pescuezo—.

Música que suena a campo, acariciando en primavera, acunando en verano y templando el ajetreo cuando el rocío se hace carámbanos en los flecos de la manta estribera.

Un día dedicaremos a los cabestros todo un artículo, contando sus enseñanzas y sus cuitas. También lo merece la necesidad de sus servicios, imprescindibles en una ganadería; aunque hoy, a las que se tienen y mantienen en predios rústicos de escasa agrimensura, sin perro ni casa de labor, les baste un gozque lanudo y lacrimoso, como los que antaño hacían de zagales en las pjaras de merinas trashumantes, a lo largo de las cañadas reales y en los descansaderos del Honrado Consejo de la Meseta.

Hoy no hablaremos sino de un cabestro, víctima de su deber, que se llamó Perdígón y fué estribero en la parada que, allá por el año de 1909, compartía con Pepe, el Largo, los trajines en los cerrados del Cortijo del Cuarto; ese que blanquea entre almiares a dos pasos de Sevilla, en los albores de la "Venta Nueva", camino de Dos Hermanas.

Por aquellos años se encerraban las corridas en la Plaza de la Maestranza, por su pie. Esto es: llevándolas abrigadas entre bueyes y garrochistas desde Tablada, donde se exponían un par de días antes de lidiarse.

Los que ya maduramos, recordaremos siempre aquel prólogo, alegre y vistoso, que la tradición puso a la fiesta, Fiesta también cascabelera y bellísima, que el aficionado paladeó a sorbos de comentarios y manzanilla sanluqueña, mientras el sol se hincaba en los arenales del coto de "Doñana" y se encendían las luminarias en la ciudad del B'tis y en el cielo de España.

Allá, a las diez o las once de la noche, se iniciaban los preparativos del encierro. Casi siempre era la parada de Miura la que, por obligación, o cedida por amistad, lo efectuaba. Berrendos en negro, grandes y cornalones, se destacaban en la noche, tibia y luminosa, como flores gigantescas de esas "varitas de San José", que espolvorean de azúcar el terciopelo verde de Tablada.

Lentos y parsimoniosos, sabios y prudentes, iban acercándose a los toros, que, con la cabeza en alto y los morros húmedos de baba, escuchaban el son



ESA MUSICA QUE SUENA A CAMPO...

PERDIGÓN

Por JOSE CARLOS DE LUNA

de los cencerros, la música familiar a ellos, como la de los grillos y las ranas.

En el primer encuentro —era el temible—, el mal genio dictaba acometidas y viajes, que los cabestros hurtaban con ágil seriedad. Total: ¡nada! Entrechocar de cuernos y algún puntazo leve al revuelo de crujidos de hondas y voces de regaño autoritarias o cariciosas.

Arropada la corrida, el remolino iba tomando forma. Primero, el garrochista que guiaba, con el buey de estribo a la vera, sonando su campanilla de metal; luego, el resto de la parada, y al remate de la comitiva los cabestros de zaga, como cerrando el gaco en el que envasados, por las buenas o las malas, ahilaban los siete toros: la corrida y el sobrero.

Aquella noche guiaba Pepe Naranjo —Dios lo tenga en Gloria—, jinete en una jaca a media doma —¡cosas de Naranjo!—, que, engamarrada y a fuerza de pelea, galopaba a la media rienda, camino de los corrales de "La Maestranza", por aquella carretera, entonces de circunvalación, que, paralela al Paseo de la Palmera, desemboca en la Torre del Oro, entre el Palacio de San Tlmo y las tapias traseras de la Real Fábrica de Tabacos.

Junto a la jaca de Pepe iba Perdígón a trote cochinerero, tintinando la áurea campanilla.

Todo marchaba a pedir de boca. Pasó el encierro por los dos sitios de querencia, peligrosos para un desmando, y ya en la manga se achuchó el ganado y, a galope, desembocó en el ancho paso que, como sabéis, enverjado de filigrana, rodea la Plaza más bonita de España.

Para todos los garrochistas que acompañábamos el encierro, por afición, deber o jácara, había terminado el cometido; y en el "Puesto de los Moncs" las rondas de aguardientillo de Cazalla arropaban la alegría juvenil y los comenta-

rios: pocos en aquella ocasión, porque todo fué como la seda.

El último en incorporarse a la ronda era, naturalmente, el caballista que en cabeza guiaba, y que ya en la manga tenía que ganar por pies tierra al encierro, que achuchaba con vivísimo ajetreo; y en ella, abandonando al buey estribero, se refugiaba, jinete, en una cuadrilla a pocos metros de la puerta de los corrales. El cabestro entraba en ellos y, detrás, el tropel del encierro. Los bueyes arremolinaban a los toros en una punta del corralón, y con sabia y ensayada ligereza salíanse de él. Desde la mesetilla, el conserje halaba del cordel y la puerta se cerraba estrepitosamente, con chasquidos de tablas y pestillos.

¡Vamos por el tercer cortado cuando se nos acercó Pepe, el Largo:

—Señorito: ¿Y don José Naranjo?—nos preguntó un poco descompuesto.

Verdad: Naranjito aun no había regresado, y la parada ya estaba con el cabestrero al pie de la famosa Torre. Recontabala éste y le vimos venir desalado, diciendo a voces que

faltaba Perdígón. Montamos y, sin decirnos nada, porque sospechábamos la tragedia, nos dirigimos a rienda suelta a los corrales.

Pepe, el Largo, a la luz de los luceros, parecía verde; así iba de pálido. También lo estaríamos nosotros.

¡Frente a la cuadrilla, echamos pie a tierra. ¡Nadie en ella!

¡Virgen Santísima, qué había pasado! ¡Oíamos, como quejidos, un bramido solloz, lento, isócrono...

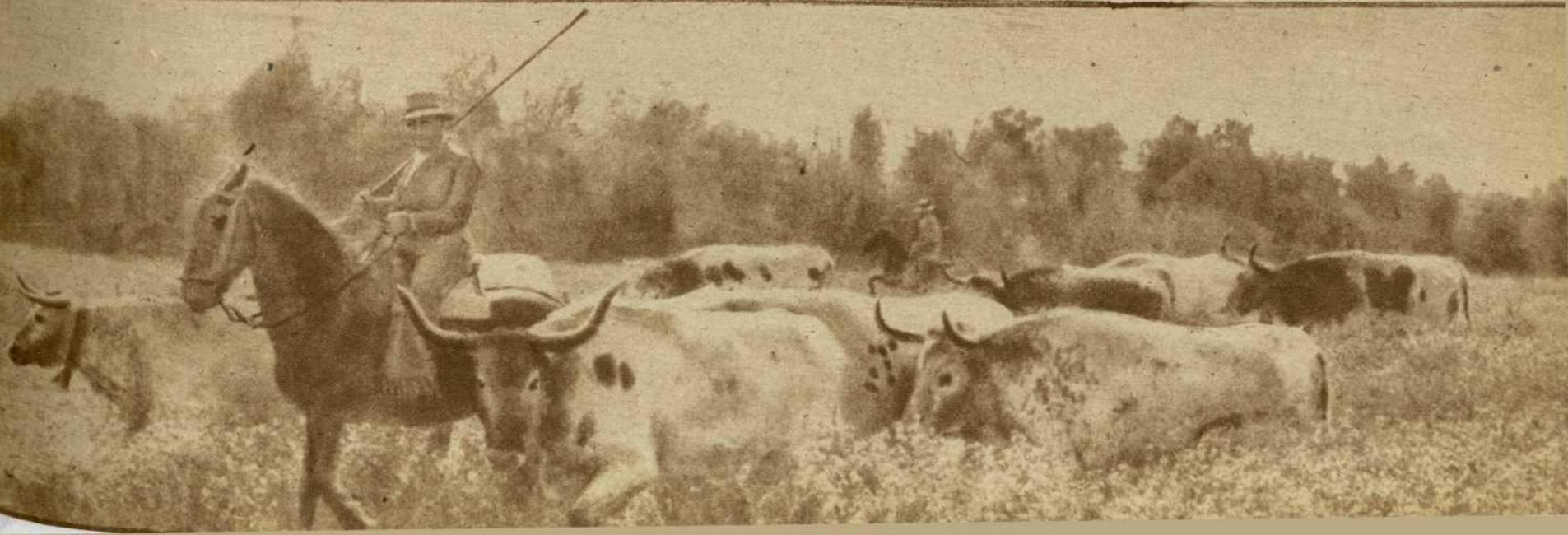
Trepamos a la mesetilla y entonces se descubrió a nuestros ojos algo terrible y conmovedor: Dentro del corral, entre la tapia y Perdígón, mudo y encomendando su alma seguramente, estaba Pepe Naranjo, aferrada la mano izquierda a las riendas tersas, y la derecha a la capa del pitón izquierdo del cabestro.

Comprendimos. La jaquilla indómita no obedeció al mando y se entró en los corrales con el encierro; no maniobró rápido el jinete, o no pudo maniobrar para salirse, y allá se quedó, abrigándose la vida con el pobre cabestro, que aguantaba las cornetas de dos de los toros sin abandonar su puesto: el de su obligación, amparando. ¡Siempre amparando aun su propio desamparo!

Con el cordel de la puerta izamos a Naranjito, y seguidamente vimos caer exánime al pobre Perdígón.

¿Luego? ¡Ya podéis suponer! De madrugada, pasados los toros a otro corral, en aquel quedaron el cabestro y la jaca como dos masas informes y sanguinolentas. Fuera, de tapias acá, la silla vaquera, sin bastes ni zalea, era un armazón de hierro y cuero desflecado.

La cabeza de Perdígón, disecada, recordó siempre en la casa de Pepe Naranjo aquel milagro de la Virgen de la Esperanza, de la que siempre fué tan devoto nuestro amigo.





Vicente Pastor en Méjico en enero de 1912. Cita al toro con la voz, mientras la muleta la lleva en la izquierda para iniciar el natural

Su primera temporada en Méjico.-Un empresario «amigo».-El beneficio del Tortero.-La famosa corrida de los Coruches

XII

YA en Méjico, Vicente Pastor no se presentó ante los aficionados de aquel país hasta el día 6 de noviembre, después de explorar cómo se hallaba allí el terreno pitonudo. Como no le había contrato, apenas desembarcó se entrevistó con el empresario don Ramón López, un ex torero madrieno, español, hermano del que fué matador de toros madrileño, de algún nombre, Gabriel López, Mateito.

Este empresario, también madrileño, se portó "admirablemente" con su paisano.

Obstinábase Vicente Pastor en torear solo una corrida, la de su debut, para después situarse convenientemente; pero el empresario le hizo, aprovechándose de las circunstancias, firmar un contrato por tres fechas, a trescientos pesos cada función, diciéndole que se fijaba tal cantidad al solo efecto de eludir el pago de determinados impuestos, pero que en las dos últimas corridas le abonaría más dinero.

Toreó Vicente la primera en la fecha antes expresada, lidiando reses de Peralta, con Francisco Bonard, Bonarillo, y Reverte, mejicano, recibiendo los consabidos trescientos pesos.

Hasta el 4 del siguiente mes de diciembre no volvió a torear Pastor, lo que hizo con el trianero Antonio Montés, sortearlo ambos reses de la famosa ganadería del país, Piedras Negras, haciéndolo por tercera vez el 25, con reses de la misma vacada, en compañía de Mazzantinito y Camisero.

Estas tres corridas fueron las únicas que toreó en la capital, haciendo valer el empresario el contrato figurado antes referido, y sorprendiendo,

por consiguiente, la buena fe del diestro madrileño.

¡Bien se portó el hermano de Mateito con su compatriota!

Otras tres corridas toreó en el Estado de Durango, los días 15 y 22 de febrero, y el 5 de marzo, lidiándose en ellas cornudos de La Punta, alternando en la primera con Joaquín Capa, Capita, y matarito él solo cinco reses en cada una de las dos últimas.

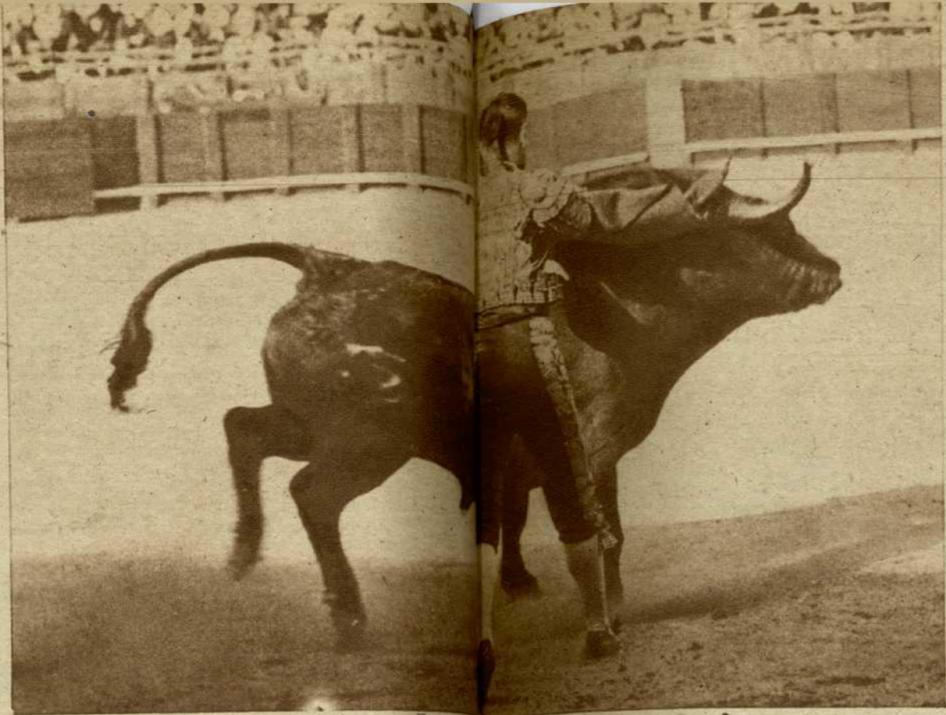
A estas seis corridas, en las que estoqueó veinte toros, quedó reducida su breve temporada mejicana 1904-1905 en el primer viaje que, por su cuenta y riesgo, hizo a América, de donde regresó en los últimos días del ventoso marzo.

Floja en número de contrataciones fué también la que realizó en España el 1905, pues sólo vistió el traje de luces en nueve ocasiones, despachando veinticinco toros.

Dos veces actuó ante la afición madrileña, y ambas en circunstancias especiales, pues en la primera lo hizo gratuitamente a beneficio del veterano Enrique Santos, Tortero —8 de junio—, y la segunda obrando una cantidad irrisoria por echar fuera aquel corridón de Coruches —10 de septiembre—, hecho que en la historia de Vicente ocupa un destacado lugar, y que recuerdan, como si hubiera sido ayer, los aficionados veteranos.

En el beneficio del Tortero se lidiaron toros regalados por diversos ganaderos —¡qué tiempos aquellos!—, matando Vicente dos astados, el más grande de todos Secretario, de don Félix Gómez y el corrido en octavo lugar, terciado, de Ibarra.

En ambos estuvo muy valiente, siendo ovacionadísimo, con el natural contentamiento de sus par-



Un ayudado por alto del diestro de Embajadores, durante aquellas clásicas faenas suyas, sobrias, clásicas y apretadas

Historia taurina Vicente Pastor

tidarios, que no habían llegado a perder la fe en los toros.

En esta corrida, en la que rejearon Isidro Gran y Mariano Ledesma, también tomaron parte el veterano diestro Manuel Hermosilla, Jerzazo, Murcia, Mazzantinito y el propio beneficiado, siendo objeto de acrecentar las primas de la torería de entonces porque hicieron los señores ante los insistentes requerimientos del desvalido torero.

La de los Coruches, que pasó a ser famosa en los fastos taurinos, son de esas corridas indeseables, que sólo aceptan a la desesperada los toreros cuando están los ojos de cartel o totalmente borrados.

Vicente Pastor, con el ánimo de recuperar el terreno perdido, y animado por el resultado de su actuación en la corrida a beneficio del Tortero, no vaciló en traer el "paquete", como se dice en términos taurinos, lidiando aquel corridón que ha pasado a la Historia como uno de los más grandes presentados en la vieja Plaza madrileña.

Jerzazo, en las mismas circunstancias y con los mismos propósitos que Vicente, y José Pascual, el Valenciano, que estaba deseoso de tener el cartel de Madrid como matador de toros, fueron las víctimas buscadas por la Empresa Niembro, en las postrimerías de su gestión al frente del circo de la Carretera de Aragón, para que echasen fuera aquellas seis "catedrales" con desarrolladísimo cuernos, que, desde hacía más de un año, pastaban en La Muñoza sin que nadie se atreviese a hincarse al cuerno.

Tuvo lugar la célebre "coruchada" —nombre con el que ha pasado a la posteridad— el ante, citado día 10 de septiembre, domingo, y tal expectación despertó la leyenda de los toros, que la Plaza se vió concurridísima, a pesar de que en aquel día se celebraban en Madrid elecciones de diputados a Cortes, con los desacreditados "embuchados", coacciones, tumultos y otros excesos de aquel sistema electoral desaparecido.

Con aquella "gallumbada" estuvo a punto de arruinarse Ja-

reza, que entonces empresario de caballos, porque los toros de don Luis Patricio, de Coruche (Portugal), y con mucho poder, tomaron 38 varas, proporcionando a los piqueros enormes caídas y matando la friole de veinticinco semovientes!

Apenas pisó el albero el primero de los toros, Surveys, con el que Jerzazo dió el espallarazo al valenciano, el público lanzó un ¡oh! de asombro al ver el tamaño y los pitones del bovino lusitano.

Y por este estilo fueron los cinco toros restantes, sobresaliendo de todos ellos el llamado Zambuyo, corrido en segundo lugar, y que correspondió a Vicente.

Habiendo el diestro valenciano, y lesionado también Jerzazo, Pastor tuvo que matar el cuarto astado, Caballo, y el quinto, Almendrero, no haciendo ni propio ni el tante que cerró plaza, porque, pródiga la coacción en incidentes, se hizo de noche y el presidente, don Díaz Vicario, suspendió, con el beneplácito del público, el espectáculo.

En la enfermería también fué asistido por el doctor y gran picador Francisco Arjona, Paje, de una frecuencia, y Vicente, que al darse por terminada la corrida, ingresó también en aquella hospitalaria dependencia, fué curado de una herida que se había producido con el estoque en la mano derecha.

Esta jornada pitonuda se prestó a los más sabrosos comentarios, molestándose por los aficionados a otros toreros de la época, jornada a la que la Prensa diaria no dedicó el debido espacio porque sus planes fueron absorbidos con el resultado de los escrutinios de las elecciones celebradas.

Hubo, sin embargo, uno, "El Liberal", que publicó con toda gallardía las siguientes líneas:

"Los valientes matadores de toros Jerzazo, Vicente Pastor y Valenciano, merecen la laureada de San Fernando por haberse entendido ayer con seis enormes "pavos" de Coruche que llevaban un año en las dependencias de la Empresa y que no han querido matar ninguno de los diestros, de primera categoría por MIEDO que les ocu-



Una faena durante su actuación en Méjico en 1912. Vemos a Vicente en un natural por alto, uno de los pases suyos más característicos

Unas líneas sin eufemismos.-El comportamiento de Niembro.-Siete corridas más en 1905.-El segundo viaje a Méjico

riera lo que les pasó ayer a los antes citados espaldas."

Fueron aquellos toros, con los cinco años cumplidos, sus buenas treinta arrobas y desarrollada cueva, duros y de gran poder durante el primer tercio, se quedaban en el segundo y a la hora de su muerte se hallaban aplomados, con mucho sentido y ganas de coger.

Un viejo empleado de la Plaza, que se hallaba entre barreras, nos ha contado que después de ingresar en la enfermería El Valenciano, y momentos antes de hacer lo propio Jerzazo, éste, todo compungido y ante el panorama pitonudo que tenían por delante, dijo a Vicente las siguientes palabras:

—¡Ay, Vicente! ¡Nos han "metido" esta "corria" "pa" quitarnos la "cabeza"! ¡Yo no sé lo que va a "pasá" aquí!

—¡Pues sí que está usted dándome ánimos! contestó el torero de la calle de Embajadores.

En nada fué estimada esta proeza de Pastor por el empresario, señor Niembro, pues no le volvió a dar ninguna corrida, pero en la taurómaca existencia de Vicente escrita quedó con caracteres indelebles.

¡Y en la memoria de los veteranos aficionados también!

Antes y después de esas dos actuaciones en el circo cortesano, Vicente Pastor toreó en aquel año 1905 siete corridas más.

El 30 de abril, en Valladolid, con Mazzantinito,

reses de Hernán; el 30 de julio, en Valencia, toros de Ibarra, alternando con Conejito, Minuto y Valenciano.

Con Mazzantinito volvió a alternar, en Astorga, el 27 de agosto, cornudos de Máximo Hernán, y de Bañuelos fueron los que lidió, con Conejito, en Palma de Mallorca, el 5 de septiembre.

Otra corrida, cuatro días después, se celebró en Santa María de Nieva, despachando Vicente cuatro toros colmenareños y dos novillos Gregorio Taravillo y Amorós, Platerito.

En Albacete, cuando toreaba el 12 de septiembre con Ricardo Torres, Bombita, reses de Celso Peñón, la lluvia hizo la suspensión de la corrida durante la lidia del tercer toro, y el 25 de este último citado mes, en Pamplona, se encerró con cuatro fieros brutos de Ripamillán.

Como había toreado poco, en sus ansias de no retroceder en la línea de conducta que se había trazado, cuatro días más tarde de actuar en Pamplona, embarcó nuevamente para Méjico, haciéndolo también por su cuenta y riesgo y con sus precauciones, tomadas para no caer en la trampa anterior, hábilmente preparada por el empresario Ramón López.

No se enteraron sus amigos ni su familia de este segundo viaje hasta que zarpó del puerto de embarque el vapor que le conducía allende los mares.

Y ausente Vicente de sus Madriles durante el invierno, no pasó de comentarse en los medios taurinos su hombrada con los famosos toros portugueses de Coruche.

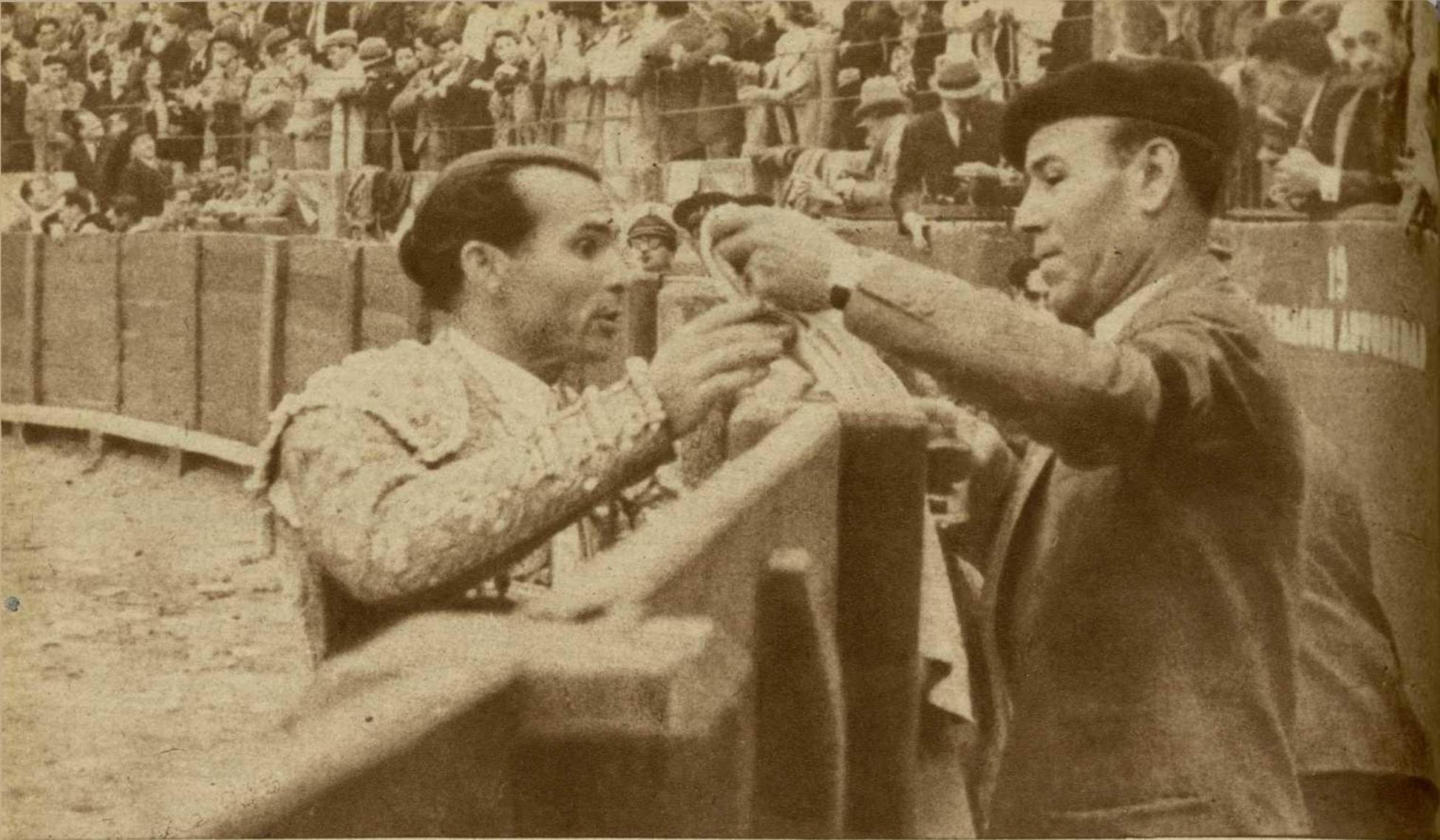
DON JUSTO

La base del toreo es la mano izquierda. Pastor la prodigaba en casi todas sus faenas. En la foto, citando para el pase natural



Plaza de Toros de Madrid. Pastor acaba de dar un estoconazo; pero el toro tarda en caer, y Vicente tiene que intentar el descabello





EL PLANETA DE LOS TOROS

ANDANZAS DE LOS MOZOS DE ESPADAS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



En las fotos, dos momentos de Domingo Ortega con su mozo de espadas

Los días de corrida, desde bien temprano, está en danza el mozo de espadas. Apenas ha dormido unas horas en el tren y otro rato en la cama de la fonda. Ahora, los apoderados de los grandes toreros han dado en ir a todas partes acompañando a su matador. No lo dejan solo más que cuando sale al ruedo. Pero el apoderado no anda muy lejos. Está entre barreras. Al gran José María de Cossío se le ha escapado en su magnífico vocabulario taurino una acepción de la palabra orejero. Cossío la define como el par de banderillas tan delantero que queda prendido cerca de las orejas de toro. En el planeta de los toros también se llama orejero al torero que escucha los consejos de sus banderilleros o del mozo de espadas. En estos tiempos muchos orejeros están pendientes, muleta y espada en mano, de los gritos velados de su apoderado. Mala costumbre, de la que me permito llamar la atención del público y de la autoridad para que impidan su generalización. El apoderado no debe permanecer entre barreras, ni mucho menos dar órdenes, insinuaciones ni advertencias. Aunque haya bastantes toreros imberbes, un torero no es un niño al que hay que guiar y cuidar.

Cuando los apoderados se estaban en sus casas esperando noticias, los mozos de espadas cuidaban de las múltiples atenciones que surgen los días de corrida. Antes de que se despierte el matador, hay que tener listos los avios de torear de toda la cuadrilla, labor encomendada al ayuda, pero directamente vigilada por él. Hay que ir a la taquilla con el vale de las entradas necesarias para obsequiar a los amigos y a los compromisos del torero. Capítulo éste que se lleva un buen puñado de pesetas y da lugar a bastantes incidentes pintorescos.

Iremos desmenuzando la labor de los mozos de espadas para evitar digresiones y confusiones. Y puesto que estamos en esto del vale de las entradas, hablaremos de cómo los administra el mozo de espadas. Si es feria o corrida importante, hay que reservar buenos asientos para los incondicionales del diestro, que bien acompañando a éste, bien aislados, se han desplazado para presenciar la corrida. Unos las pagan; otros no. El mozo de espadas los conoce perfectamente, y al que no paga le da la entrada muy doblada, algo así como presentan la cuenta los camareros en los restaurantes de lujo. Al que paga se la entregan como una bandera desplegada al viento, para que se vea en seguida el precio. Al que no paga le dan una palmadita en el hombro y le dicen al oído: «Es un tendido alto, pero no había otra cosa». Con el que paga, comentan: «La mejor barrera, casi al lado de los capotes; mi trabajillo me ha costado que me la dieran, pero yo sé que al matador le gusta verle cerca.» Después hay que apartar las de la Prensa local con mucho cuidado, porque la gente en provincias es muy susceptible y quisquillosa, y además estar prevenidos contra los señores que se presentan en

el cuarto del diestro asegurando que son corresponsales de la Prensa de Madrid o redactores de un semanario de un pueblo de la provincia. Una vez presencié esta escena;

Las dos de la tarde. No hay nadie en el cuarto del torero. Este, con los ojos entornados, piensa en sus cosas: en si estarán de grano o no estarán de grano los toros. Llamán a la puerta con recios y repetidos golpes. El mozo de espadas abre, y se presenta un mocito de aire muy decidido y un tantico insolente. El torero, tumbado en la cama, y por supuesto envuelto en el inevitable y llamativo batin, abre los ojos. El mocito se dirige a él con la mano alargada.

—¡Hola, gran hombre! ¿Qué, reparando fuerzas para asombrarnos con tu arte?, ¿eh? ¡Muy bien, hombre, muy bien! Pues yo venía..., ya te acordarás de mí, Fulano, el que el año pasado, en Albacete, prometió hacerte una cosa como te mereces. Supongo que la habrás leído. Se publicó en *El Eco y la Voz*, una revista mensual muy buena que publicamos unos amigos en mi pueblo. La foto no ha salido bien, porque como ahora el papel es tan malo... Mira, aquí te traigo un recorte.

Y saca del bolsillo un pedacito de papel impreso, todo mugriento. El torero hace que lo mira y se lo devuelve.

—No; quédate con él. Se agotó el número, pero tengo un ejemplar en mi casa. ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Qué hay? Cortando orejas de toros y corazones de mujer por esas Plazas. ¡Vaya una vida que os pegáis los toreros!

¡Menuda la tienes armada! —continúa el mocito—. Desde hace dos días buscando influencias para encontrar una entrada, pagándola a lo que sea, y que si quieres, morena —P t a una pausa en la que toseligeramente—: ¿A ti te sobrarán cuatro, ¿verdad?

—No sé si a Manolo le quedarán entradas. Búscales y pregúntaselo. Hasta luego.

El mozo de espadas, en cuanto empezó la conversación, salió de naja. El mocito lo busca infructuosamente por todo el hotel. Y resuelve apostarse en el pasillo, seguro de que más pronto o más tarde tendrá que pasar por allí: como, en efecto, así sucede. Le aborda.

—Soy el redactor jefe de *El Eco y la Voz* y me ha dicho el matador que me dé usted las cuatro mejores entradas que tenga.

—Pues mire usted: lo siento mucho, pero no me queda ninguna.

—¡Soy el redactor jefe de *El Eco y la Voz*!

—No lo dudo; ¿pero qué quiere usted que yo le haga?

—Bueno... deme usted tres...; vamos, dos: con dos me arreglo...

—Imposible. Y usted perdone que le deje, pero tengo muchas cosas que hacer.

—Pero oiga, ¿me voy a quedar sin ir a los toros?

El mozo de espadas tiene que ser todo un diplomático, porque cualquier intemperancia suya redundaría en perjuicio de su matador. Los que piden entradas creen que con ello le hacen un favor al torero. Luego a lo mejor las venden: pero eso es cuenta suya y no por tan poca cosa deja de ser amigo del diestro. Un torero, antes de torear, no se pone al teléfono más que para los íntimos, los periodistas y para atender y contestar a una voz femenina. Las voces femeninas suelen pedir entradas. El torero trasladada la petición al mozo de espadas, el cual ya tenía hecho su arreglo.

—Dile que no vaya, que como te quiere tanto, se puede asustar y desmayarse.

Siempre hay un despistado que llega a última hora

—¡Caracoles, qué barbaridad, y luego dicen que en provincias no hay distancias! me río yo de Londres! ¿Supongo que tendré mi entrada?

El mozo de espadas le contesta

—¡Como no hagas de presidente, te quedas sin ver los toros!

Aficionados de categoría y con solera

Don Francisco de Cossío

Ayer gallista y orteguista hoy, vió torear a REVERTE en Valladolid

No le gustan las Plazas monumentales



TENGO ante mí a este magnífico escritor que es Francisco de Cossío, con quien siempre es un regalo hablar. Un regalo por parte de él, naturalmente, porque Francisco de Cossío tiene en la conversación la misma amenidad y aun más, si cabe, que en sus artículos. No, con don Francisco no hay modo de aburrirse nunca, y cuando él entra en el bar donde toma habitualmente el aperitivo, ya se sabe que inmediatamente le rodean los amigos, porque él tiene la virtud de elevar el tono de los diálogos, de profundizar, sin que parezca que profundiza, en

todos los temas, porque a todos los temas llega su cultura, tan amplia como desprovista de petulancia. Don Francisco reparte sus días entre Madrid y Valladolid. Cuando está en la capital, se aloja siempre en el mismo hotel, a la entrada de la Gran Vía. Le gusta vivir en el centro para estar cerca de los sitios que tiene que frecuentar. A nuestro ilustre amigo le molesta la incomodidad de un modo extraordinario y huye de ella por todos los medios a su alcance.

AQUELLO DEL COLCHÓN...

—Ya ve usted, ya la temporada pasada me la he pasado sin ir ni una sola vez a la Plaza de Madrid.

—¿Y eso por qué?

—Porque es un problema terrible. A mí no me gustan las Plazas monumentales. ¡Se ve todo tan lejos! Además, las dificultades de ir. La imposibilidad de encontrar un taxi, las aperturas del «Metro» y del tranvía... Y añada usted los precios. Ya sólo pueden ir los ricos. Antes, para ir a los toros, el que no tenía dinero empeñaba el colchón. Ahora empeña usted el colchón y tampoco puede ir a la fiesta... Pero es que, sobre todo, a mí me gustan las Plazas pequeñas, recogidas, en las que el espectador no pierde ningún detalle. A las ferias si que he ido a algunas. De las corridas de Valladolid no me he perdido ninguna... Pero en Madrid, ni asomarme. Puede que in-

fluya también el que ya se le ha ido a uno la juventud y no está para estos trajines de ir en un vagón comprimido hasta la asfixia. Sí, puede que sea eso. Pero a mi edad, para aceptar esos sacrificios, habría que ser tan aficionado como lo era antes. Claro, claro; es cosa de juventud, y la afición está en la vispera, en la ilusión que se pone cuando aun no se ha visto la corrida...

GALLISTA Y ORTEGUISTA

—De modo que ha decaído su afición...

—¡Hombre, no puede ser tan grande como la que tenía en los tiempos de Joselito y Belmonte, que yo creo que son los mejores que he visto! Los años no pasan en balde y los tiempos taurinos son distintos también. Pero aun conservo la suficiente afición y no soy un desertor, sino, a lo sumo, de la Plaza de Madrid, y por los motivos que le he dicho.

—Supongo que en esos tiempos de Belmonte y José usted, como todos, tomaría partido por uno de los dos.

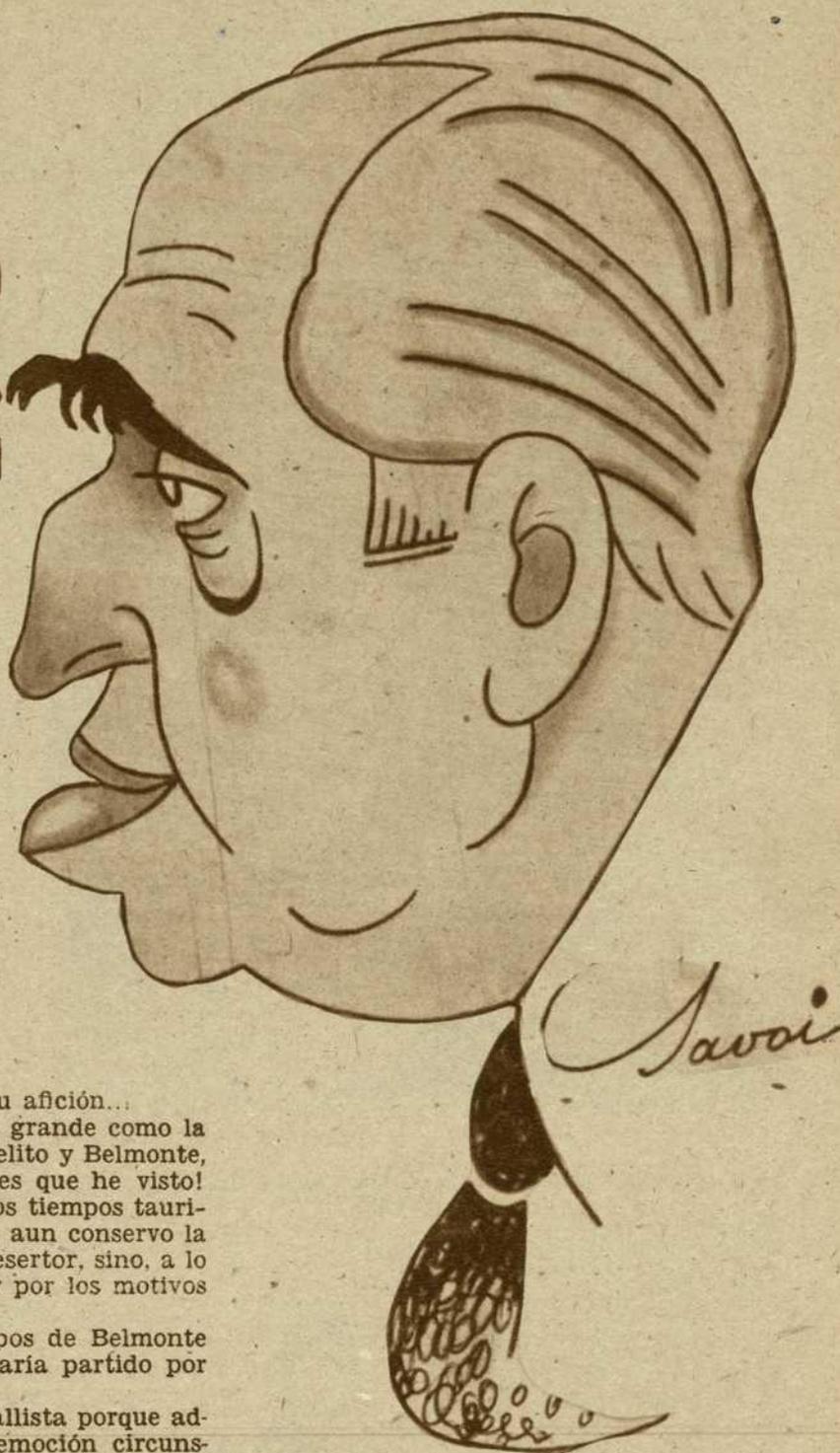
—Sí. Yo era gallista. Y era gallista porque admiro más la maestría que la emoción circunstancial. Por esas mismas razones, hoy soy orteguista muy orteguista, y no creo que en esto presione mi amistad grande con este torero, a quien tengo, además, por persona de gran talento; aunque no fuera mi amigo, como torero tengo la seguridad de que mi opinión sería la misma. Ya sé que ahora gran parte de la afición es manoletista; pero yo he visto poco a Manolete, y le he visto más cuando todavía no era «fenómeno». De todos modos, creo que es un torero extraordinario. Tampoco voy a decir que antes se haya toreado mejor que ahora. Como en todo, se ha adelantado mucho. Lo que sí ha cambiado es el ambiente. La afición está diluida en un público de espectáculo...

LO QUE PUEDE ENGAÑAR EL RECUERDO

—Y el ganado también dicen que ha cambiado algo...

—Bueno: en eso no sé qué decirle... Esta cuestión del tamaño quizá sea discutible. La verdad es que yo no me acuerdo cómo eran los toros de grandes cuando yo era joven. Tengo la impresión de que sí, de que eran bastante grandes. Pero temo equivocarme, porque en esto nos puede pasar también lo que nos ocurre con el patio de la escuela.

—Pues ¿qué pasa con el patio de la escuela?
—Que nos parece mucho más grande de lo que es en realidad. De nuestra época de colegiales conservamos el recuerdo de un patio amplio. Al correr de los años volvemos un día a ver el patio, y entonces nos encontramos con que no es tan enorme como nos parecía. Y eso puede que pase con los toros de antes. ¡Ah, si hubiera la posibilidad, como con el patio, de volverlos a ver!



LA DERROTA DE LOS BOMBISTAS

—¿Cuál es su recuerdo primero de la fiesta taurina?

—He olvidado la primera vez que fui a los toros, si es que es eso lo que quiere usted saber. Sí me acuerdo de haber visto a Reverte en Valladolid, y me acuerdo también de una corrida regia en la misma ciudad, en la que quedé admirado de la elegancia artística de Fuentes. También asistí a una corrida en la que Rafael el Gallo y Joselito les dieron un «baño» a Machaquito y al Bomba. Entonces había bombistas y gallistas. A mí me parece que los tiempos del Bomba y Machaco fueron bastante malos; pero, en fin... En aquella corrida se decidió la retirada de estos dos toreros y allí quedó fijada la transición. La fiesta ganó, y llegó a su mejor momento, como ya le he dicho antes, con la competencia de Joselito y Belmonte...

OTRO AFICIONADO «ANTIPETISTA»

—Usted escribe poco de toros...

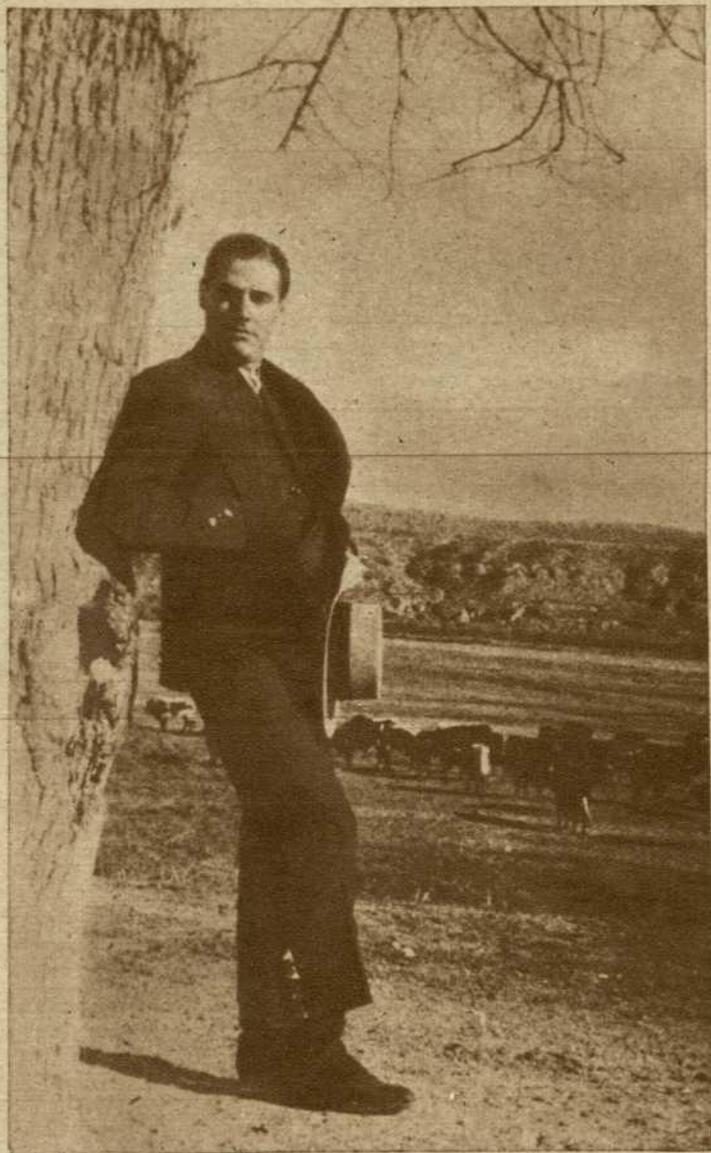
—Puede decir que nada. Una vez mandé un artículo a «La Razón», de Buenos Aires... Lo de escribir de toros se queda para mi hermano José María. Como tampoco he sentido nunca la tentación de torear. Me he conformado siempre con ser espectador. Lo que sí quiero que diga es que también yo soy «antipetista». Y soy eso tan feo de decir porque me gusta la suerte de varas por lo que tiene de provocación de toda la fuerza y el entusiasmo del toro...

RAFAEL MARTÍNEZ GANDIA

Charla de fin de temporada

"Los entrenamientos con vacas de retienta son una bonita forma de perder tiempo y estilo."

"Creo que la próxima temporada será la de mi mayor consagración en el toreo."



Antes de dar comienzo a la tonta, Mario Cabré posa para EL RUEDO



El torero catalán se distrae con uno de los perros guardadores del ganado



PARA penetrar, aunque sólo sea de pasada, en la vida de Mario Cabré, hay que bosquejar su temperamento. No vulgar, tengo que remitirme a esa época en la que todos los sentimientos y actitudes se hallan en crisálida.

A los catorce años, Mario contaba una adolescente naturaleza impelida por una simpatía y un don de gentes por común. Bailaba, recitaba, cantaba tonos populares y hacía las delicias de amigos y parientes. Por añadidura, era ya una espléndida promesa de hombre noble, franco, generoso...

Pronto el teatro —profesión de sus mayores— prende fácilmente en el espíritu de Mario. Su exquisita sensibilidad, sus aptitudes de observación y sus aficiones por la literatura consiguen que el novelista encuentre gusto e interés en cuantos papeles le encomiendan.

Para el carácter entusiasta, vivo, espontáneo y el temperamento ágil, dinámico, de Mario Cabré; para su mente soñadora e inquietante, para su espíritu, los horizontes escénicos eran limitados y pequeños. Entonces decide buscar otras rutas, evaluar a tiempo la conquista de un nombre por rutas expeditivas. Y decide hacerse torero.

Febrilmente avanza en sus nuevas actividades. En 1935 viste por primera vez los colores. Al año siguiente de

ante sus paisanos formando terna con el sobrino de Rafael, el Gallo, y un mejicano a quien todos conocen: Silverio Pérez. Luego viene el paréntesis abierto por la guerra. Dos campañas de novillero y decide doctorarse nada menos ante la cátedra sevillana, que ya le ha consagrado como formidable muletero.

Y llegamos a 1944, en el que Cabré ha tenido, junto a tardes apoteósicas, otras grises y fuminadas; pero dejemos que de ello nos hable este torero catalán y gran acaparador de patías que se llama Mario Cabré.

—¿Satisfecho de cómo ha transcurrido su última campaña...?

—Contento, aunque no haya intervenido más que en diez corridas; tengo a mi favor un celente porcentaje: ocho corridas buenas, por dos regulares.

—¿Qué entiende usted por corridas malas?

—Pues, hombre, corridas malas las llamo yo aquellas en las que nada sale bien, suenan malos, los ánimos de los «morenos» y... de los rubios se encrespan, y al salir de la Plaza uno que más le hubiera valido haberse quedado en la cama. Por eso afirmo mi satisfacción por el hecho de que nada de eso me haya ocurrido ni durante el año pasado, ni nunca, pues en la fecha no he escuchado aviso alguno.

—¿Y cómo no explotó mejor sus dos grandes éxitos de Barcelona?

—Acaso en ello me haya perjudicado la familiaridad que don Pedro Balañá tiene conmigo por haberme conocido desde mi época de iniciación. Bien pudiera ejercer en su ánimo una impresión una posible novedad, que un valor previamente conocido.

—¿Dónde acaeció la tarde menos buena?

—En la feria de Sevilla, y esto sí vino a perjudicarme, por ser estas corridas piedra de donde convergen la atención de todos los empresarios de España. Salí a torear sin estar preparado de una cornada, y por si fuera poco vino a tocarme en suerte el peor toro de la feria. Aquí se esfumó un buen lote de corridas.

—¿Supongo procurará evitar la repetición de tales inconvenientes?

—Por lo pronto, estoy preparándome concienzuda y metódicamente para que mi sistema nervioso y estado de ánimo me permitan contar las orejas de mis enemigos por el número de actuaciones.

—¿Cómo lleva a cabo sus entrenamientos?

—De una forma muy simplista: vida sana, aislamiento total de la capital, ejercicios náuticos y toreo de salón a todo pasto.

—Observo en este programa la exclusión de su asistencia a algún tentadero, como es el tumbre en los de su oficio.

—No sé si estaré equivocado al sustentar el criterio de que torear vacas de retienta es una bonita forma de perder tiempo y estilo. Este entrenamiento, a mi modo de ver defectuoso, queda suplido con ventaja por el toreo de salón en pleno campo. Este es el motivo de mi elección en El Escorial hasta que empiece la temporada.

Mario Cabré habla para EL RUEDO

"La mayoría de los espectadores de la fiesta brava debieran concurrir durante el invierno a unos cursillos teórico-prácticos de tauromaquia"

—¿Sus preferencias radican en el manejo del capote o por la muleta?
—Hombre, con ambos menesteres pueden hacerse cosas maravillosas. El lance de capa, a mi modesto juicio, tiene una mayor belleza estética, más fuerte contextura que el mejor pase natural. Ahora bien: sólo la faena de muleta sirve para enjuiciar el estilo del torero, su grado de madurez, sus progresos, sus deficiencias; en una palabra: la muleta es el ser o el no ser del lidiador.

—Puesto que ha surgido la palabra lidiador, ¿puede una buena lidia transformar por entero las malas condiciones de un astado?

—Sí; pero para ello tiene que existir la concurrencia de factores muy esenciales, a saber: Que el picador pique en los altos para igualar al toro y así sus dificultades, al arrancar, sean menores. Otro factor importantísimo es que los peones extremen su oportunidad con los toros difíciles, evitando pasadas en falso, capotazos a destiempo, única forma de eludir que el toro difícil, lejos de perder sus resabios, adquiera mayores dificultades. Luego viene la intervención del maestro, buena o mala, según su leal saber y entender; pero no se olvide que él, por sí sólo, poco podrá hacer en estos casos.

—Vamos a ver, Mario. ¿Existe hoy en los ruedos tanta vergüenza torera como antaño?

—Si antes existía, ahora también. ¿Quiere usted más ejemplo que esa tenacidad por parte de las primeras figuras para justificar una y otra tarde el rango excepcional conseguido en una buena lid?

—¿Tiene usted proyectos muy ambiciosos para la próxima temporada?

—Ambiciosillos son, en verdad. Por lo pronto, espero que la próxima temporada sea la de mi consagración como una de las primeras figuras del toreo.

—Emplazado queda usted, desde este momento, para que su afirmación no quede sólo en buenos propósitos:

—Para mí, la próxima campaña es definitiva: o triunfo en toda la línea, o, por el contrario, será la de mi eclipse total. Pero ya verá usted cómo el triunfo viene a mis manos y no lo dejo escapar, pues como dije antes, pienso cortar orejas todas las tardes, siempre que mi permanencia en el ruedo sea superior a la de mis enemigos.

—¿Qué condiciones deben concurrir en el perfecto ganadero?

—Mientras sus productos para la venta no reúnan bravura, nobleza y trapío, ni públicos ni toreros otorgarán juicios alabatorios a cuantos se dedican al bonito negocio de vender reses que hemos dado en llamar bravas.

—En cuanto al buen torero, ¿cómo debe ser a su juicio?

—Un verdadero fenómeno será aquél que con sus faenas consiga despertar emociones puramente artísticas y anule toda sensación de valor suicida, de brutalidad, de tintes sangrientos, casi siempre ocasionadas por torpezas y desconocimiento de las reglas de bien torear. Los buenos toreros no pretenden torear siempre de la misma manera, pues lo contrario sería tanto como asentar la afirmación de que todos los toros precisaban idéntica lidia.

—Ahora nos toca ocuparnos de los públicos. ¿Quiere usted decirme algo respecto de ellos?

—Pues, hombre, una bonita iniciativa sería que durante la época invernal la mayoría de los aspirantes al título de aficionados taurinos concurren a unos cursillos de tauromaquia teórico-prácticos, así, al empezar la temporada, estarían en situación de justipreciar debidamente a los toreros y a los toros.

—Y de la crítica, ¿qué me dice usted?

—Tampoco estaría de más que algunos señores críticos se matricularan en esos cursillos para completar sus conocimientos. Y bueno sería que una determinada minoría recordase las penalidades de los toreros hasta llegar a percibir sus honorarios.

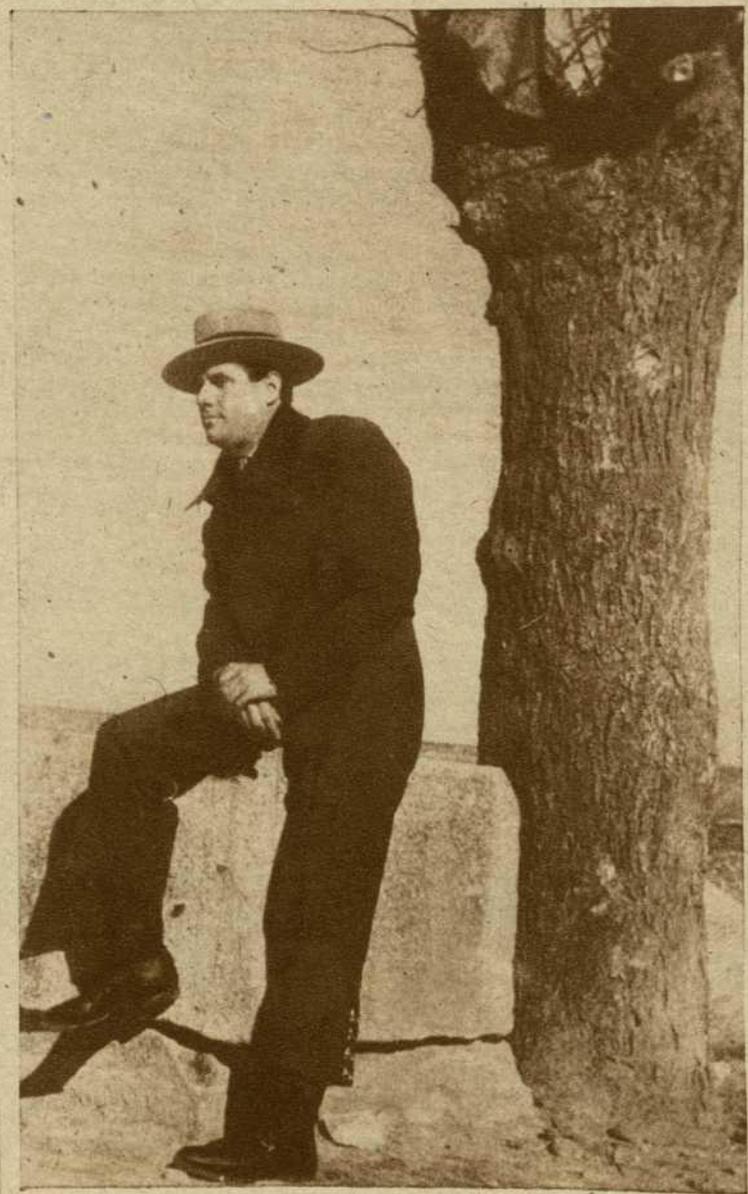
Como habrá visto, lector amigo, Mario Cabré viene dispuesto a ocupar un puesto en las vanguardias taurinas. Para afianzar su personalidad y prodigar su arte, le sobran conocimientos y facultades.

—¿Que el transcurso de la temporada, con sus aristas y sus fracasos, no se encargue de rebajar los lisonjeros proyectos del torero catalán!

F. MENDO



Cabré, dispuesto a tomar parte en las faenas de acaño



Mario piensa serenamente en la próxima temporada
(Fots. Mazzano.)

Del toreo seco y el toreo fino, del adorno y el estilo

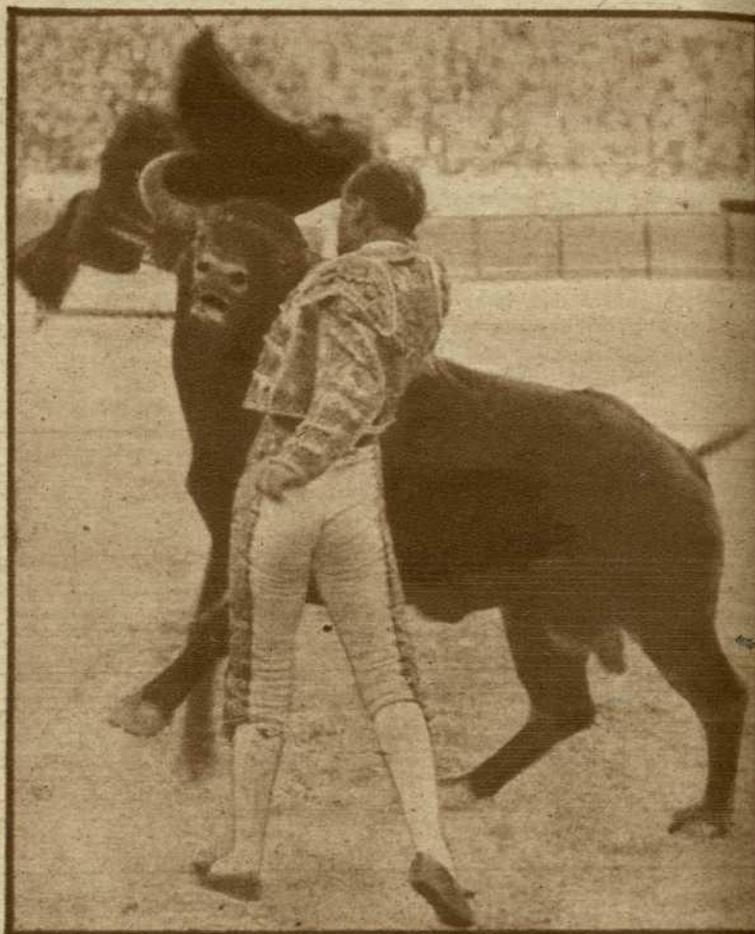
Por FELIPE SASSONE



CUANDO hablo del toreo seco y empiezo por donde empieza el título de esta divagación, no entiendo referirme a lo que llaman el toreo basto, porque la de basto es condición de la persona en sí, mala condición por cierto, y no del toreo en sí mismo. Se es basto sin querer, por grosería y tosquedad congénita e inconsciente, y se es seco, esto es, sobrio, concreto, sin dar más ni menos de lo indispensable, por la manera de entender el toreo y por voluntad de ejecutarlo así, y en cambio no queriendo ser seco, sino copioso, hasta adornado, se es basto sin querer, como el que se esfuerza en tener gracia y no la tiene, y aun teniendo alguna, cae, por exceso, en lo que señala aquel famoso dicho francés, según el cual *L'esprit qu'on veut avoir, gate toujours celui qu'on a*.

El torero seco sólo piensa, desde que el toro sale, en que habrá de matarlo lo mejor y lo más pronto posible. Todos sus actos durante la lidia tienen por objeto único conseguir que el toro llegue al final en buenas condiciones para ejecutar correctamente la suerte suprema. Su propósito es la eficacia; su anhelo, la dominación. Claro está, y éste es uno de tantos contrasentidos como se dan en el arte y en muchos otros ejercicios y esfuerzos humanos, claro está, repito, que hay toreros que después de haber dominado con la muleta resulta que luego no tienen decisión a la hora de herir. Pero no es ésta la característica general de los toreros secos, que suelen ser casi siempre buenos matadores. El torero seco es un poco mecánico; es... ¿cómo lo diría yo...? es según el músico que interpreta fielmente lo escrito en el pentagrama, sin añadir de su parte ni sentimiento ni gracia ni sentido de interpretación personal. Va rigurosamente a compás; ni pone ni quita. Mas en esto del compás, aunque nos sirvió para el símil, hemos de señalar una diferencia, y ésta estriba en que el torero seco no lo respeta siempre, y ajeno al sentido del ritmo sólo obedece a él cuando se lo da el toro, porque se acomoda a su embestir; pero no se esfuerza en procurarlo para conseguir belleza y a veces lo violenta por imprimir a su toreo eficacia y dureza de dominio. Acorta las distancias; pisa el terreno del toro; tira de él con fuerza; se cruza sobre el pitón con rario a la salida; acelera los lances; los enlaza sin soluciones de continuidad, sin escandirlos, y no alarga nunca la faena para lucirse, porque no tiene interés en ello y torea para vencer y no por el gusto de torear. Puede ser un buen torero, como dicen que lo fué el señor Manuel Domínguez, que entró a matar a un toro sin darle un pase, porque lo encontró cuadrado; puede torear muy quieto y muy ceñido; pero rehuirá siempre el adorno, y su toreo, aunque llegue a interesar, no divierte, porque es tan sólo de lidiador y no de artista.

El torero fino, como lo indica el adjetivo, es en cambio el artista. Sin dejar de ser lidiador, porque entonces su toreo sería reducido y circunstancial, para toros especiales, pone, por encima de la eficacia y la dominación, un sentido de belleza basado en la plasticidad y el ritmo. No violenta éste; lo procura y lo crea muchas veces a despecho del toro; compone la figura; respeta las distancias, para que el lance sea largo y completo; se acerca todo lo que haga falta, pero no menos ni más, e imprime a su toreo una característica de suavidad, de serenidad armoniosa y de lentitud. Siente el toreo, que es mezcla de arquitectura y danza, como siente el virtuoso la música propiamente dicha, y, como el virtuoso, alarga los tiempos para recrearse en ellos, y es en fin el que sabe de la gracia de un *rallentando*. Como el músico se escucha a sí mismo, de él pudiéramos decir «que se ve torear» con el narcisismo de los verdaderos artistas que se divierten con su propio arte. Por eso precisamente divierte a los demás. El torero fino es el que ha elevado a categoría estética el ejercicio de lidiar. Torea con

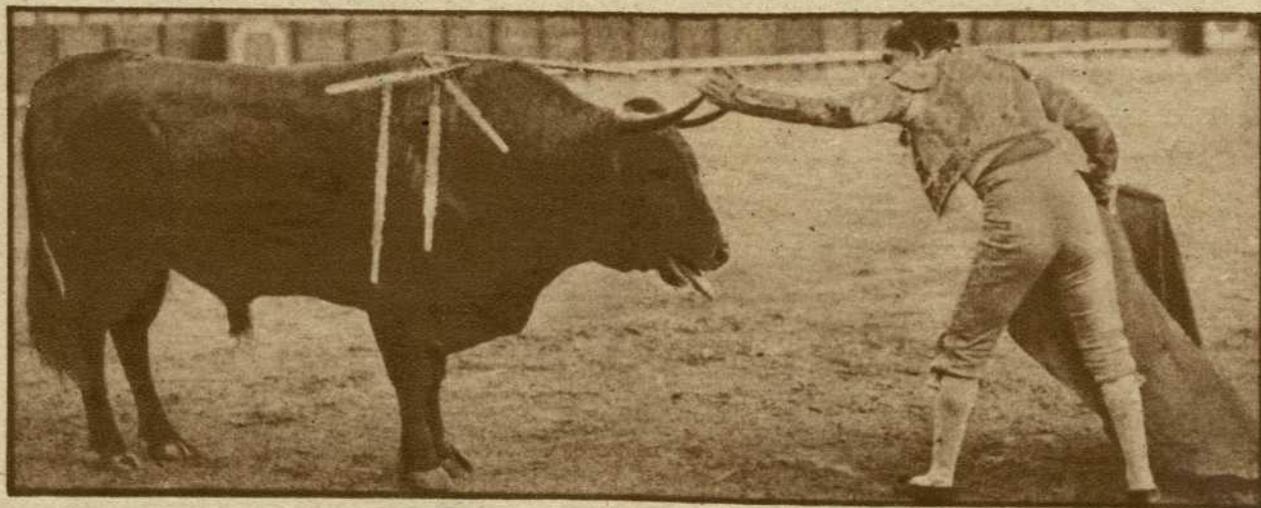


Ignacio Sánchez Mejías en un ajustado pase por alto

gracia; pero no la busca, porque la tiene naturalmente en la apostura, y cuando no en la apostura, en los movimientos. Hay quien nace armonioso, con armonía estatuaría, según cuentan de Lagartijo, según muchos hemos podido ver en Antonio Fuentes, y quien se embellece toreado, como se embellecía, sin querer, Juan Belmonte. Sin querer, porque el torero fino puede no buscar el adorno postizo e ineficaz. El adorno es un añadido que nada tiene que ver con la esencia, y el torero seco no lo intenta jamás, y el torero fino sólo puede intentarlo cuando, además de adornarse, sabe torear. Volvamos a la comparación con el músico, y refirámonos al cantante, al cual, si tiene buen gusto, canta a tiempo, expresa lo que dice y no quiebra la línea melódica, se le pueden permitir *fiorituras* ágiles y graciosas, notas picadas, trinos, *apoyaturas* y *mordentes*. Pero no como trampa y tapadera para esconder la ineficacia con el deslumbramiento, y así como será inadmisibles que el cantor que no supo decir un *adagio*, un *andante* o un *largetto*, y perdió compás y afinación, se desquite con cadencias de mal gusto y calderones interminables, así es también

vano el torero que sin haber toreado bien al natural, sin dominar al toro, sin haberlo hecho pasar, intenta tocarle los pitones, da más molinetes que un ventilador y se pone de rodillas porque no supo torear de pie.

En cuanto al estilo, digamos de una vez que depende tan sólo de la personalidad. No hay normas para el estilo. Puede ser bueno o malo; pero es de cada uno, es la manera peculiar de cada torero; el estilo es la gracia y nace con la persona. El estilo no es escuela, y en el toreo no hay varias escuelas. Hay unas normas fijas, seguras, invariables, únicas, y con ellas se puede torear, y sin ellas no, y no todo el que torea bien tiene estilo, porque el estilo es lo personal y los aficionados con su lenguaje pintoresco lo llaman «clase».



Manolito Bienvenida en un arriesgado adorno, en el curso de su lidia, siempre alegre y pinturera



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

TOROS DE AYER EN LA MAESTRANZA

NADA más y nada menos que la Plaza de la Maestranza de Sevilla, se nos viene hoy a las manos, en nuestra búsqueda semanal por el archivo, con su espacioso balcón en la fachada, apoyado en dos grandes columnas dóricas, su verja circundante y graciosamente alusiva a la fiesta y su larga cola de romances.

Puede decirse de este coso sevillano que todo aquel que logró algo del toro, todo aquel que con gracia o corazón —bulerías o soleares— pudo pasearse por las calles de España, orgulloso de su coleta, hubo de pisar el ruedo de la Maestranza. Universidad taurómaca, en donde unos —los de ayer, los de hoy y los de mañana— catedráticos con mucho sombrero ancho, y muy ancho, y hondo saber, le daban el espaldarazo al diestro para que pudiese ir

por el mundo dándole largas cambiadas y faroles hasta la mismísima luna. Poetas y pueblo —que en fin de cuentas es el primer poeta— cantaron, cantan y cantarán las glorias de esta joya sevillana, que ha logrado este calificativo no por su arquitectura, de la que no destaca más que esta fachada que veis, sino por un sello incopiable, que le da el ambiente, el aire, la Giralda y ese alto cielo más azul que ningún otro.

Y en una tarde lejana, en la que a lo mejor el Espartero pisaba con su larga leyenda, la más larga leyenda de la arena de la Maestranza, nos ofrece el objetivo de una cámara olvidada, la llegada a la Plaza de un público con hongo o sombrero ancho, que se va apiñando junto a la puerta, boleteo en mano, ebrio de comentarios y de esperanzas. Un landó con dos briosos caballos, en los que parece verse su planta andaluza, valora la estampa con su exquisita elegancia internacional. Un «simón» se acerca con la humildad de su tono medio, mientras un carrozato clásico de caballos encampanillados se aleja, prestando al conjunto su hondo sabor de tipismo. Y

*la Guardia Civil de a caballo,
junto a la verja, vigila...*

¡Hermosa estampa, en la que, para mayor exactitud de época, hasta la fotografía tiene el color sepia de los retratos de entonces!...

La corrida va a empezar, y los toreros, con su estampa de

picadores de hoy, ya están en el callejón prestos a la lucha. Van a hacer locuras, porque la Plaza lo merece. Y como entonces aun no se liaban el toro a la cintura, lo recortarán una y otra vez y le darán el cambio, y se sentarán en la silla para poner un par y otro par, y después de que haya tocado el clarín, con mucha cortesía brindarán al público sevillano, y con el corazón tras el acero se hundirán en la cruz de la bestia, mientras ésta tambalea los últimos momentos de su vida

Y al final, esta estampa que durante la lidia se des hizo, poco a poco se irá recomponiendo. Pero esta vez será el landó el que llegue, mientras el «simón» se va y el clásico carrozato de tintineantes caballos retorna en busca de viajeros. Y la Guardia Civil, que vigila, volverá grupas y en un trote ligero se alejará de la Plaza de la Maestranza sevillana, sobre cuyos tendidos se sienta una larga historia de toreros.



gulloso de su coleta, hubo de pisar el ruedo de la Maestranza. Universidad taurómaca, en donde unos —los de ayer, los de hoy y los de mañana— catedráticos con mucho sombrero ancho, y muy ancho, y hondo saber, le daban el espaldarazo al diestro para que pudiese ir

LAS NEVADAS, LA SEQUIA y la FALTA DE PIENSOS han agudizado el problema de las RESES BRAVAS

En esta temporada los TOROS
SEGUIRAN SIENDO PEQUEÑOS

NI EL PESO, NI LA ALIMENTACION INFLUYEN EN SU BRAVURA; QUERER LUCHAR CONTRA LA NATURALEZA, ES IMPOSIBLE



HAY una encina añosa, vieja, a la salida del camino de yuntas, de la finca del marqués de Tolosa, en Perales del Río. Recostado en la encina —y en la que sus ramas desnudas son como alfileres que prenden el cielo a la tierra— he contemplado largamente el magnífico prado que se pierde redondo, más allá de lo que alcanza mi vista. Más lejos, casi como unos puntos negros, las reses bravas, los toros. Muy cerca, llevados por el viento, el campaneo de los cencerros y los gritos de los vaqueros. A mis pies, la alfombra, quemada por las nieves y por los soles de este prado sin fin.

Alguien, que estaba a mi espalda, me golpeó amistosamente en el hombro. Me volví y me encontré frente a frente al marqués de Tolosa, alto, cetrino, señorial, en su traje campero.

Junto a él, Juan José, el pequeño de la dinastía —que sueña en sus catorce años mozos en ser torero— y don Jesús Serrano Sanz, apoderado del ganadero don Manuel González. El marqués se sonrió y me dijo:

—Magnífico... ¿No es verdad que esto es magnífico? Daremos un paseo a caballo; veremos los toros de cerca... y hablaremos de ellos.

No tuve tiempo para pensarlo mejor. Cuando quise darme cuenta, cabalgaba al trote sobre «Jalifa», uno de los mejores caballos de su cuadra.

Detrás de nosotros, a nuestra espalda, quedaba la encina añosa que tiene alfileres por ramas y en el alto la arquitectura parda de unas casuchas, y a la izquierda, cuadrada, maciza, la finca del marqués.

Al rato aquellos puntos negros que vi antes tan lejanos, se fueron acercando y no tardamos en estar muy cerca de ellos. ¡Los toros! ¡Los toros!

Don Jesús Serrano debió adivinar mis pensamientos, pues se apresuró a señalar;

—Los toros son dóciles como niños. No ofrece peligro acercarse a ellos.

*Y para demostrármelo, su jaca corrió entre la camada. Y uno a uno le fuimos siguiendo todos. Cuando abandonamos la camada, volvimos a galopar por el prado.

Coloqué a «Jalifa» al paso del caballo del marqués, y empecé mi interrogatorio:

—¿Es usted ganadero de reses bravas, señor marqués?

—Sí y no —me contestó sonriente—; yo soy ganadero de reses bravas, entendiendo por tales a los añojos, erales y utrerros, de vacas de las llamadas de desecho de tiente, de las primeras ganaderías y que yo cuido en mi finca para destinarlos a toda clase de espectáculos taurinos en los que se lidie el ganado sin caballos: festivales, becerradas y novilladas económicas.

—¿Su labor, propiamente reflejada?

—Yo compro, por ejemplo, diez camadas que tienen treinta o cincuenta cabezas por camada, según la importancia de la ganadería en que las compre. Mis vaqueros me traen a esta finca de Perales del Río las cabezas de ganado y en los prados las tengo durante un año, hasta que se encuentran en condiciones para la lidia.

—¿Reúne mucho ganado bravo al año en su finca?

—Generalmente pastan en mis prados, anualmente, unos 350 novillos de media casta, procurando tener siempre añojos, erales y utrerros, que es el ganado que necesito para surtir a los festejos taurinos de menor importancia.

—Pero he visto —señalo— de que no sólo tiene usted erales y utrerros, sino toros, ¿estoy equivocado?

—No; está usted en lo cierto; pero es que esos toros no son de mi propiedad.

—Estos toros que usted ha visto pertenecen a la ganadería de don Manuel González, que procede de la de Contreras, y la mitad de ella la tenemos en el Campillo —El Escorial— y la otra mitad en estos prados magníficos del marqués. No sé si sabrá usted que a cincuenta kilómetros de Madrid hay cuatro ganaderías, en una misma finca, dividida por cuatro cuarteles. Estas ganaderías son las de don Antonio Pérez Taberner, Pinohermoso, Remigio Tibor y la que yo apodero, todas ellas clasificadas en la primera categoría de reses bravas.

—¿Ciertamente está tan mal este asunto del toro?

—No hay por qué ocultarlo: sí, está mal. Por los años que llevamos, la decadencia de los toros de lidia se agudiza por momentos. Estas nevadas, la sequía, la falta de piensos, traen consigo de que un ochenta por ciento de las vacas no se cubran y forzosamente esto trae una rastra de merma de una camada, es decir, que llegan un año retrasadas.

Las vacas, en el mes de abril y mayo, se cubren todas, y si no están bien alimentadas no se cubren y, por lo tanto, esto significa una merma.

—¿Dónde está peor el ganado?

—Si en la provincia de Madrid está mal, aun lo está peor en Salamanca, donde el problema se acentúa más.

—¿Quiere decir que seguiremos viendo en las Plazas el toro pequeño?

—Es difícil contestar su pregunta. Por otra parte, desgraciadamente, la verdad es que los toros seguirán siendo pequeños, puesto que no han tenido buena crianza y alimentación. Forzosamente serán pequeños, aunque tengan más o menos edad.

El Reglamento señala que los toros tendrán un peso de 250 kilos en las Plazas de Madrid y primeras de provincias. Posiblemente habrá toros de este peso, pero no todas las ganaderías de la primera categoría podrán darlos así.

—¿El peso, la alimentación, influye en la bravura del toro?

—No; porque los toros tienen casta o no y con más o menos alimentación tienen que desarrollar esta bravura.

—¿Problema de comprensión general?

—Sí; todos los aficionados tendrán que tener en cuenta este problema lleno de sinsabores por el que pasan los ganaderos, cuando ellos lo que desean es presentar lo mejor de lo mejor de sus camadas. Cambiar las cosas de la Naturaleza, es imposible. Nosotros, por ejemplo, de 500 vacas cubriremos tan sólo un ciento y de esta poqueñísima parte hay que tener en cuenta que un sesenta por ciento serán hembras.

Nuestro hombre, este hombre taurino, se calló de pronto. De nuevo los caballos dejaron el trote y galopando fuimos cruzando el prado. Allá lejos quedaban los toros. Y junto a nosotros se presentaba el problema de las ganaderías de reses bravas. —CRUZ ERNESTO FRANQUET



El ganado en el campo pasta dócilmente, ajeno al objetivo del fotógrafo



El garrochista se dirige sobre el caballo a la camada para apartar la tiente



Reses bravas conducidas por el conocedor a la aguada. (Folts, Manzano.)

GUERRITA y JOSELITO realizaron dos faenas cumbres con los toros Farolero y Gimenito, de las ganaderías de Vázquez y Saltillo, respectivamente, en la Plaza vieja de Madrid



En las fotos: El Guerra y Joselito, dos épocas del toreo

FUE Joselito el torero de todas las épocas que tuvo más afición a su oficio. No lo duden ustedes.

De Lagartijo, Frascuelo y Guerrita, particularmente de éste, se han relatado hechos que justificaban el profundo amor que sentían por la arriesgada profesión.

Pero como el gran torero de Gelves, cuya talla artística se agiganta a medida que los años transcurren, ninguno.

¡Bien seguro estoy de no cometer con tan rotunda afirmación ningún sacrilegio coletudo!

De Joselito podían escribirse centenares de cuartillas recogiendo hechos y anécdotas que reflejan su temperamento en el expresado sentido.

Aquel inolvidable lidiador, por la Divina Gracia tocado para ser en la tauromaquia una cosa excepcional, en todos los actos de su vida se manifestaba en torero, y sobre nuestra hermosa fiesta giraban todas sus conversaciones.

Los veteranos aficionados aun recuerdan aquella feria de Salamanca en la que José, en uno de los días de las corridas, estuvo por la mañana toreando un considerable número de vacas para que no se le "olvidara" el manejo del capote y la muleta.

Y muchos son los que ignoran que el mismo día que mató en Madrid los siete toros colmenares de los herederos de don Vicente Martínez, siendo empresario de la placita de la Ciudad Lineal don Fernando Ardura, José, a puerta cerrada, toreó y mató en ésta, para entrenarse, un bravo novillo.

Pero existe en la vida de Joselito un caso, completamente inédito, que revela hasta qué punto llegaba su fiebre tauromáquica.

En el año 1919 llevaba toreando cerca de noventa corridas, y una de las últimas tuvo lugar en Yecla, el día 5 de octubre, casi en vísperas de embarcar para Lima.

Terminada la fiesta y acompañado del que escribe estas líneas, tuvieron que hacer en automóvil el recorrido, por carretera, hasta Almansa, para alcanzar en este punto el expreso descendente de Valencia.

Un alto en el camino fué la consecuencia de un pinchazo sufrido por un neumático del coche.

Noche serena, con el firmamento tachonado de cabrilleantes estrellas, que recuerdo perfectamente.

José, bien ajeno de que tenía los meses contados, llevaba sobre los hombros un ligero y oscuro abrigo.

La conversación no fué otra que comentar los incidentes de la corrida, en la que, con Flores y Manolete, acababan de lidiar reses de Benjumea.

Y poco rato más tarde, como la reparación de la avería se prolongase, Joselito se puso a torear de "salón", con el gabancillo, en el centro de la carretera.

¡Y es que aquel formidable artista tenía siempre hambre de toros, y con el toreo soñaba despierto!

De su ilimitado amor propio son también muchos los casos que se conocen. Sabía muy bien José el lugar que en el toreo había ocupado Guerrita, y éste guardaba al hijo del que fué su famoso banderillero, Fernando, el Gallo, un gran cariño.

En más de un tentadero coincidieron Rafael y José, y al coloso de Córdoba se le caía la baba viendo torear a "su torero", como así le llamaba.

¡Si Joselito hubiera podido alternar, vestido de luces, con el Guerra!

Porque toda la obsesión del diestro sevillano era la tauromaca historia de Guerrita, y cuando algún crítico o aficionado le comparaba con el cordobés, su satisfacción era inmensa.

Por referencias de su íntimo amigo don Joaquín Menchero, el famoso y ya fallecido alfombrista de la Carrera de San Jerónimo, conocía al detalle la faena cumbre ejecutada por Rafael con el toro Farolero, de don Juan Vázquez, en la vieja Plaza madrileña, el 22 de abril de 1894.

Fué el triunfo más grande que tuvo Guerrita en su torera vida, porque una faena igual, con diez y nueve pases de primer orden, de los que diez fueron naturales, en tres series, ejecutando en ella cuatro veces la suerte de

recibir, no se había visto nunca en aquella Plaza, y nos veríamos muy apurados para hallar en la historia de la que existía a extramuros de la Puerta de Alcalá un idéntico caso.

Guerrita acababa de cumplir treinta y dos años. Pues tal faena quitaba a Joselito el sueño, y sólo ansiaba superarla cuando la ocasión le brindara una oportunidad.

Y todos sus anhelos viéronse colmados, precisamente en la misma Plaza, el día 5 de junio de 1913, con la ejecutada con el toro Gimenito, de Saltillo.

No es la primera vez que esta faena ha sido recordada, pero creemos curioso reproducir las opiniones que sobre la misma dieron, en sus diarios, críticos taurinos tan populares como "Dulzuras" y "Don Modesto".

Decía el primero en "A B C": "Los que han presenciado esta corrida han tenido la satisfacción de ver el trabajo de un espada en un toro, lo más completo que recordamos y más meritorio

Cuatro quiebros en banderillas, clavando siete palos justísimos, y quebrar cuatro veces y en los medios, no lo hemos visto nunca, y aunque no somos de la época de Montes, hace treinta años que presencia corridas en Madrid el que escribe estas líneas, y ha visto quebrar al Gordito, Cara-Ancha, Lagartijo, Guerra, Quinto, Fuentes y otros, a quienes se ha ovacionado en esta suerte.

La labor de muleta en este toro fué clásica, artística, sobria, serena, valiente e inteligentísima, con la premeditada idea de recibir, adivinada desde que cogió las banderillas, y en la suerte suprema pinchó dos veces, para luego citar por tercera y dar una estocada completa en dicha suerte, bien colocada. La clamorosa ovación del público, muy justa, así como la concesión de la oreja, la primera cortada por José en la Plaza de Madrid."

Y Pepe Loma, "Don Modesto", con su peculiar humorismo, dió a la estampa, en "El Liberal", las siguientes líneas:

"¡Cuatro pares de banderillas al quiebro, citando en los medios! ¡Tres veces citar a recibir y pinchar las tres, esperando, la última hasta la bola, en la cruz! Apúntenlo ustedes para que no se olvide y por sí no lo volvieran a ver más.

Joselito, que al tomar la alternativa sentó plaza de capitán general, empujando por donde los buenos acaban, recordando a Bonaparte se proclamó ayer, por sí y ante sí, emperador.

¡Joselito I, Emperador!

Es lástima que hayan ya terminado las fiestas regias organizadas en Berlín con motivo de la boda de una hija del Kaiser. De no haber empezado o de estarse celebrando ahora, no hubiéramos perdido nada con haber enviado en nuestra representación a Joselito.

Y en el suntuoso banquete de bodas se hubieran juntado cuatro grandes señores, amos del mundo:

Guillermo II, Emperador de Alemania.

Nicolás II, Emperador de todas las Rusias.

Jorge V, Rey de Inglaterra y Emperador de la India.

Y Joselito, Emperador de todas las potencias coletudas.

¡¡Tute de Emperadores!!

Tenía entonces Joselito dieciocho años.

Horas más tarde del apoteósico triunfo, Joselito le preguntaba a Menchero:

—Diga "usté", don Joaquín. Esta faena del toro Gimenito, ¿ha sido mejor que la del Farolero?

—Sí, José.

—¿Qué dirá ahora Guerrita?—le preguntó de nuevo a su íntimo amigo.

—Lo que ya ha dicho—le contestó— a raíz de verte torear en Córdoba.

¡Que eres un monumento!

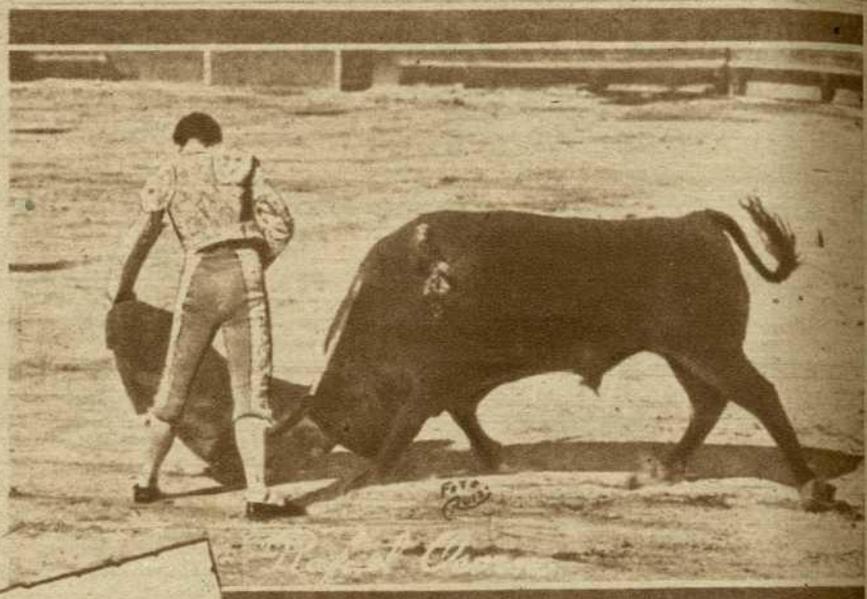
Y aquella noche, el año más tarde infortunado lidiador, invitó a cenar a sus amigos, por haberle ganado en la historia la pelea, en una corrida, al coloso de la tauromaquia: Rafael Guerra, Guerrita.



RAFAEL OSORNO



José Román Manfredi
 APODERADO Teléfono 77986
 Huertas, 54
 MADRID



En su notable libro "Toros y toreros en 1942" destacó "Don Luis" la aparición y la personalidad de Rafael Osorno, recientemente aparecido en Méjico, calificándole como "un gran muletero a lo Ortega".

Ya es buena tarjeta de presentación la de comparar con el coloso borojeño a un novillero en los albores de su arte.

Pero han pasado más de dos años y aquel "gran muletero a lo Ortega" de sus comienzos se ha cuajado en un gran torero, completísimo en todas las suertes, con un rico, variado y emocionante repertorio de quites y una noble y fervorosa aspiración a ser figura en el toreo.

Con tan ambicioso propósito llegará próximamente a España Rafael Osorno, y, a juzgar por el gran cartel de que goza en su país y por lo que de él dicen los que en Méjico le han visto, el valiente artista cuenta con las mayores y mejores posibilidades para conseguir su propósito.

Sabemos que llega a España lleno de afición, de entusiasmo y de celo para colocarse rápidamente, y tenemos la seguridad de que, unidas esas cualidades a su arte y a su valor, no tardará en ser uno de los más admirados y mejor cotizados en nuestras Plazas el nombre del novillero Rafael Osorno, llamado a una rápida alternativa.

Un bisnieto de Antonio Luque, Camará sirve los estoques a MANOLETE



Guillermo González Luque

GUILLERMO quiso ser picador' pero se quedó entre barreras

GUILLERMO González Luque —Guillermo—, a secas, entre los taurinos, y basta para su popularidad—es algo más que el mozo de estoques de Manolete: es el familiar y el amigo. Es el compañero de andanzas taurinas cuando el chaval Manolo Rodríguez soñaba al raso muchas noches de luna en las cortijadas cordobesas con lo que luego ha sido para él una espléndida realidad. Al hablar de Guillermo, pues, no podemos emplear el mandido típico de «fiel mozo de estoques»: Guillermo es el fiel amigo de antes, de ahora y de siempre. Y el leal mozo de espadas de Manolete desde aquel día —allá por el año 1938— en que enfermo incurable Curro Molina, el hombre que en sus tiempos novilleriles sirvió los estrastos al torero de Córdoba —y que había de morir el 27 de marzo del 39—, Manuel Rodríguez llamó a Guillermo a su lado, seguro de que para él sería una grata tarea la de acompañarle en su peregrinación artística. Y así, seis años ya —uno de novillero y cinco de matador de toros—, no sólo en calidad de mozo de estoques, sino también como conductor del automóvil del moderno «Califa», ha vivido Guillermo junto a Manolete. Las impresiones que de tan amplio periodo de tiempo guarde este muchacho deben ser muy interesantes. Nosotros —ya en el trajinar de la temporada se lo prometimos— vamos a aprovechar esta ocasión de descanso —bien ganado— para recoger de sus labios unas declaraciones para EL RUEDO.

Guillermo —lo diremos también— es un gran aficionado a la cacería.

—Después de los toros —empieza declarándonos—, la caza es mi mayor afición. En ello empleo la temporada invernal. Aunque este año es difícil dar con los conejillos...

Y Guillermo evoca sus jornadas cinégeticas, ahora interrumpidas por el frío, la nieve, la lluvia... Luego hablamos de toros, que es el objeto de nuestra entrevista. De su amistad con Manolete. Y Guillermo nos hace esta declaración sensacional:

—Verá usted. Yo soy bisnieto de Antonio Luque, Camará, aquel matador de toros cordobés que fué sobrino de Panchón y padre de Cúchares de Córdoba. Todos los del barrio de la Merced somos, puede decirse, una misma familia. Y, aunque lejano, yo soy pariente de Manolo Rodríguez.

—Bien. ¿Entonces vuestra amistad data de mucho tiempo?

—Desde niños, sí señor, estuvimos juntos. Yo le acompañé, como tantos otros chicos del «barrio», en sus primeras andanzas. Y observé siempre en Manolo un gran amor propio para realizar cuanto se proponía. El que tiene ahora.

—Y tú, Guillermo —inquirimos—, ¿no tenías la aspiración de llegar a ser torero?

—Sí, pero de a caballo. Quise ser picador únicamente. Y llegué a actuar en numerosas tientas y en algunos festivales. Una vez —el 1 de junio de 1932— piqué en la becerrada del Club Guerrita.

—¿Cuántos mozos de espadas tuvo el torero antes de entrar tú a su servicio?

—Dos, solamente. Enrique Vasallo, que fué con él a una novillada a Ecija, y Curro Molina, que le acompañó hasta el año 1937.

—Y desde el 1938, en que entraste a su servicio, ¿no has dejado de acompañarle nunca?

—Una sola tarde, el año último. Terminada la feria de Linares, el 30 de agosto, la inmediata corrida era la de Jerez. Yo me quedé en Linares. Y la corrida de Jerez se suspendió por lluvia.

Guillermo pone, al decirnos esto, un gesto de satisfacción. Ni una sola vez toreó Manolete sin su compañía. Esto supone mucho para quien tanto estima al storeo. Aprovechando la coyuntura, le espetamos esta pregunta:

—¿Y no ha cambiado Manolete de carácter desde aquella época de sus comienzos a ésta de su apogeo?

Guillermo contesta rápido, convenciéndonos:

—En absoluto. Es el mismo que era: bueno, sencillo, cariñoso. Como persona, puedo decir que es tan bueno como torero. ¡Y ya ve usted como torero...

Dice esto Guillermo con la admiración pintada en el semblante. Y cuando le preguntamos cuál ha sido la mejor tarde que le ha visto a su matador, no piensa nada para contestar:

—No puedo decirlo. Todas las tardes tiene Manolo algo magnífico. Ponga usted que una de las mejores fue la del toro de Pinto Barreiro, en la corrida del 6 de julio en Madrid.

—¿Todas?

Medita Guillermo unos momentos. Piensa seguramente en los momentos tristes, que también se padecen no pocos, a pesar de estar situado en el pináculo de la fama.

—Recuerdo, entre todos los malos ratos del ruedo, el que padeci la tarde del 28 de abril del año 1940, en Barcelona. Figúrese usted que Manolo, después de hacer una gran faena de muleta a un toro de Santa Coloma, recibió dos avisos. No he pasado un rato peor. Pero más tarde la reacción del público me sirvió de consuelo. Manolete fué obligado a dar la vuelta al ruedo por dos veces.

—¿Muestra intranquilidad el matador antes de la corrida?

—Nada de eso. Su jornada en día de toros es ésta: duerme hasta las once y media de la mañana. A dicha hora le despierto y le hago traer el desayuno. Vuelve a dormirse mientras le preparo la ropa de torear. Las medias siempre tiene por costumbre prepararlas él. Se levanta, saca de la maleta los tres pares que usa —las de goma, las blancas y las rosa— y las coloca en la cabecera de la cama hasta la hora de ponérselas. A la una de la tarde almuerza ligeramente —un filete, una tortilla o un ponche— y dos horas y media antes de la corrida comienza a vestirse.

—¿Siempre le vistes tú por completo?

—Siempre. Pero Camará acostumbra invariablemente a apretarle los machos de la taleguilla.

Le pedimos a Guillermo que nos cuente alguna anécdota ocurrida en el momento de vestir al torero.

—Sólo recuerdo una —responde—. Fué en Villanueva del Arzobispo. A la hora de prepararle la ropa noté que me había olvidado de echar la camisa en el equipaje. Figúrese la confusión. Manolete tuvo que aceptar el ofrecimiento del banderillero Vito. Y tuvo que vestir una camisa cedida por el subalterno sevillano.

—¿En que Plaza torea más a gusto?

—En todas. Sale siempre a sacar el máximo partido del ganado.

—Pero aparte de estos sufrimientos —reacalcamos—, habrá otros ratos de pura satisfacción...

—Los de las tardes triunfales, que son muchas.

—Y fuera del ruedo, ¿cuál ha sido el rato más amargo que pasaste junto al matador?

—El año último, en la feria de Linares. Al entrar en la población, yo, que conducía el coche, tuve la mala fortuna de atropellar a una pequeña. Resultó con la fractura del fémur. Manolo sacó a la muchacha de bajo el coche, intensamente conmocionada. Después se ha portado admirablemente con los familiares de la niña. Y ha toreado un festival a beneficio del Hospital de los Marqueses, donde aquélla recibió asistencia hasta su curación.

(Fots. Ricardo)

JOSE LUIS DE CORDOBA

Manuel García, el Espartero



El Espartero

MANUEL García Cuesta nació en Sevilla el 18 de enero de 1865. Fué bautizado en la parroquia de San Marcos y se le impusieron los nombres de Manuel Prisca de la Santísima Trinidad. En 1881 toreó por primera vez, como peón de José Cirneo (Cirineo), en Guillena, y luego, con el mismo espada, en Bollullos del Condado, Alcalá de Guadaíra y Castilblanco. El 8 de octubre de 1882 se presenta en Sevilla, como banderillero, a las órdenes del mismo Cirineo. En 1884 estoquea, por primera vez, un cuatreño de don Manuel Cubero, el 12 de junio, en la plaza de Cazalla de la Sierra. Siguió aquella temporada de peón, y en 1885 actúa como matador de novillos en Sahlúcar de Barrameda, Antequera, Aznaga, Cáceres y Sevilla, en cuya Plaza se presenta el 12 de julio, toreando reses de Anastasio Martín. Su presentación en Sevilla provoca una explosión de entusiasmo, y a raíz de esta actuación el Espartero es ya un ídolo taurino. Tal es el entusiasmo de los aficionados sevillanos por el nuevo matador, que el 13 de septiembre se anuncia su alternativa, concedida por Antonio Carmona (el Gordito). Los toros fueron de Saltillo, y el primero que estoqueó se llamaba Carbonero. El 17 del mismo mes toreó una novillada, en la que resultó cogido, en Zalamea la Real. Por ello, al ser anunciada su reaparición como matador de toros en Sevilla para el día 11 de octubre, se suscitaron grandes discusiones, a las que puso fin una aclaración, en la que se decía que Antonio Carmona (el Gordito) volvería a darle la alternativa. Los toros de la corrida de dicho día fueron de la ganadería de Miura. Confirmó la alternativa en Madrid, día en el que también hizo su presentación en el ruedo de la capital de España, el 14 de octubre. Fué su padrino Fernando Gómez (el Gallo), con toros de Núñez de Prado. Murió en la Plaza de toros de Madrid, en la tarde del 27 de mayo de 1894, a consecuencia de las heridas que el primer toro, Perdigón, colorado, ojo de perdiz, de la ganadería de Miura, le produjo al entrar a matar por segunda vez. Al dar un pinchazo a este toro resultó cogido y volteado; pero un oportuno quite de Valencia le salvó. Un testigo presencial de la cogida que determinó la muerte de Manuel García relató así los momentos que la siguieron: "Manuel García contrájose, juntando las rodillas con la barba, y estiróse después, como electrizado; sus peones, sus mozos, los toreros, acudieron... La muerte estaba allí, bien a las claras... Levantáronle aprisa, en hombros, manteniéndole en línea perfectamente horizontal, para que no hubiese derrame exterior de sangre, y cuando el grupo, presuroso y desmuntado, cruzaba casi junto a las tablas del 4, el Espartero levantó el brazo derecho nerviosamente, lo sacudió, dejándolo caer inerte; volvió la cara hacia donde estaba el toro muerto, contrájosele el rostro; hubo un estremecimiento, una sacudida, una rigidez... Y allí murió".

El parte facultativo decía así: "Plaza de toros de Madrid.—Enfermería.—Función del 27 de mayo de 1894.—El profesor de Medicina y Cirugía que suscribe, encargado del servicio facultativo de la Plaza en el día de hoy, da parte al señor presidente que, durante la lidia del primer toro, ha sido conducido a esta enfermería el diestro Manuel García (Espartero), en un estado de profundo colapso. Reconocido detenidamente, resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica, con hernia visceral; una contusión en la región esternal y clavicular izquierda. Prestados los auxilios de la ciencia para el caso más alarmante, que era el colapso, y reconocidos al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido a las cinco y cinco minutos de la tarde y a los veinte minutos de su ingreso en la enfermería. Todo lo cual tengo el sentimiento de participar a V. S.—El jefe de servicio, Marcelino Fuertes".

BARICO

EL HOMBRE Y LA FIERA

La sorprendente elasticidad de los toros

Por CHAVITO

EN una Tauromaquia he leído lo que sigue: "No existe animal tan gallardo como el toro en la plenitud de sus facultades; su cabeza, engallada al ruido más pequeño; su prominente y robusto morrillo; sus lomos, llenos y brillantes; su rápido y encendido mirar; lo pausado y majestuoso de sus movimientos; su perfil, admirablemente cortado, y destacándose sobre el fondo vegetal de la dehesa, que es donde se halla en su elemento, hacen de él una fiera hermosísima, a la que siempre se admira y siempre se teme. Allí, en el silencio de la Naturaleza, rodeado de vegetación, que la tierra fecunda prodiga, sin que en tal fecundidad intervenga para nada el artificio, encuentra en la savia de esa vegetación exuberante su fiera salvática y su valor ciego".

He copiado lo que antecede porque en realidad así y sólo así es el toro.

Un animal hermosísimo, de bellas y suaves líneas, de preciosa estampa y de apuesta planta, pero que da una sensación de fortaleza, de algo macizo, de una masa musculada y recubierta de carne que parece pesar con exceso, cosa que no lo es así en realidad.

El toro es ágil, corre, salta, se revuelve veloz, y lo que es más sorprendente, se alarga, se estira con elasticidad increíble, que, por lo rápida, llega a no ser percibida por la mayoría de los espectadores.

El astado, en su afán ciego y loco por prender, por coger al torero, se esfuerza en alcanzarle, y en un tónico desgarramiento de su esqueleto, da tie sí

como si fuera de goma, como si todo su ser fuera *correo* y elástico.

En la lucha, en ese combate a muerte entre toro y torero, el hombre, más reflexivo, sin perder la calma, se da cuenta de lo que hace y de lo que debe hacer y cómo lo debe hacer, y por eso, por regla general, es él el que vence, que victoria es el resultar indemne, mientras que el que muere es el toro, más o menos certeramente, pero muere al fin.

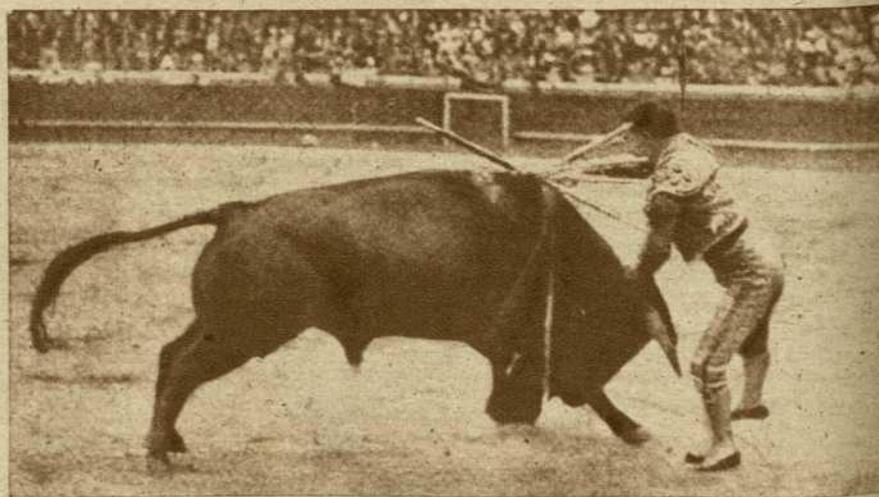
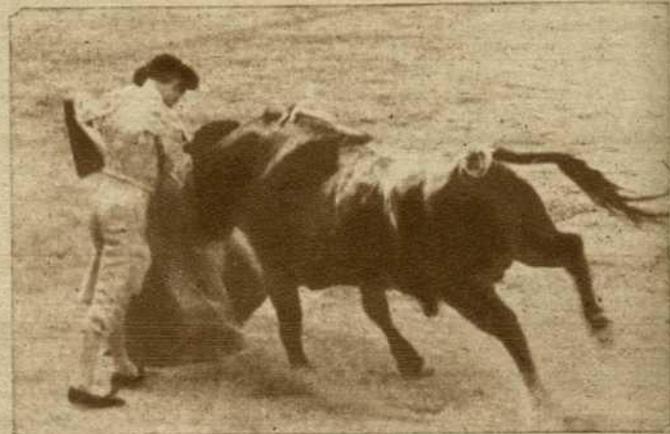
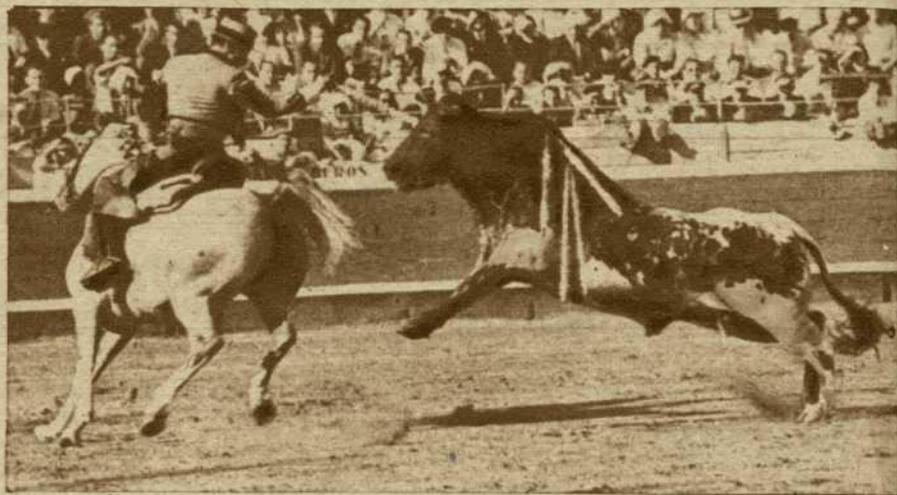
En ese combate, la fiera, la ceguera del ímpetu de la acometida en el toro, le obliga a tirar, y en ese todo entran los movimientos bruscos, asombrosos, que no se pueden explicar más que admirándolos, viéndolos como lo ofrezco a los lectores de EL RUEDO en estas fotografías, en las que los toros, alargados hasta lo indecible, parecen unos animales sin línea, sin belleza, sin armonía en su cuerpo y en sus hechuras de toro de lidia.

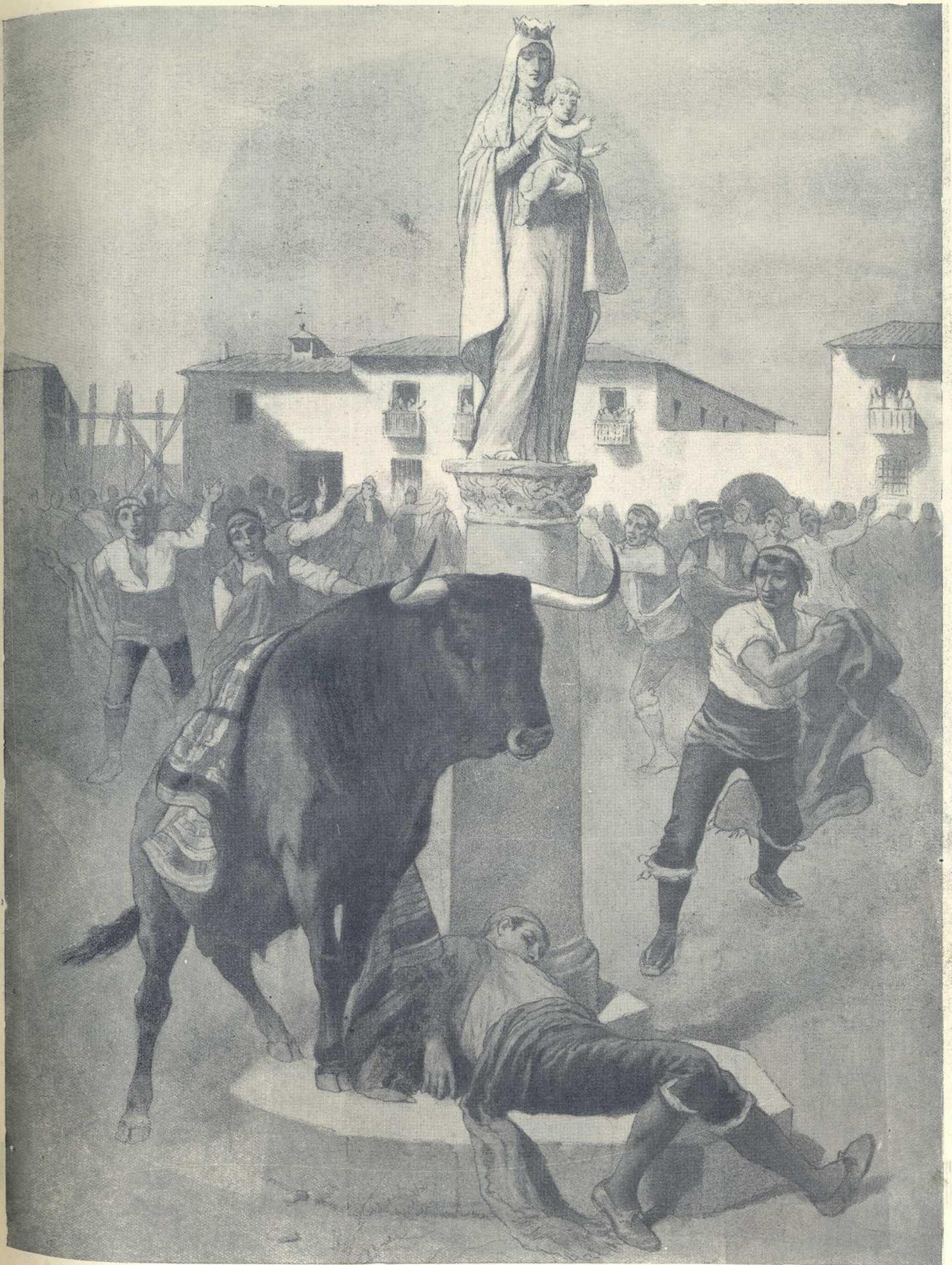
El toro afianza las potentes patas en la arena, mete los riñones y, de un tirón, se desarticula, se alarga, avanza más y más en su ansia de llegar al engaño que le cita, que le incita, que le obliga a seguir un camino que no es, afortunadamente, el que conduce hasta el cuerpo del torero.

Ha habido toros de determinada ganadería, la de Miura, más concretamente, que gozaban fama de alargar el cuello, de tener el cuello de goma, de doblarlo con suma y peligrosa facilidad, y esto preocupaba extraordinariamente a los toreros que con los Miuras habían de enfrentarse; y hablo en tiempo pasado, por la sencilla razón de que los toros de las cinco fatídicas letras, como dicen los aficionados de antaño, ya no son, y ya no se parecen en nada, a los toros de Miura de la actualidad, sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que de cuando en cuando no se equivoque un Miura y dé el salto atrás y nos recuerde a los que pronunciaron el célebre pleito que capitanearon Ricardo Torres, Bombita, y Rafael González, Machaquito; pleito que ganó definitivamente don Indalecio Mosquera, el empresario de la Plaza de Toros de Madrid, que comenzó no sabiendo nada de toros y terminó sabiendo más que nadie de toreros y de ganaderos.

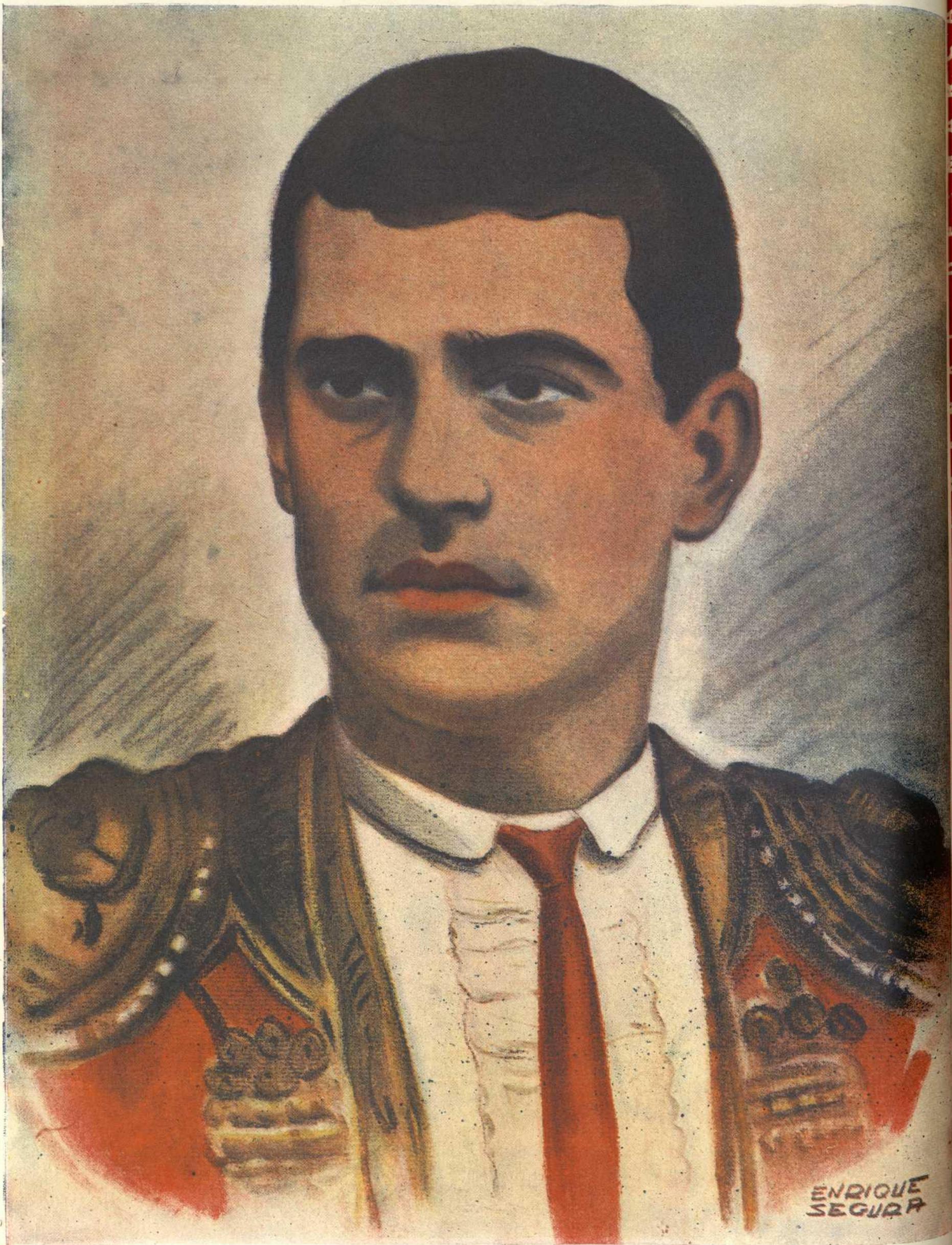
Estas líneas no tienen más objeto ni más fin que tratar de la elasticidad, de cómo se alargan y cómo crecen los toros cuando, encelados, quieren hacer presa en algo.

Por escrito ya está dicho, y como gráficamente queda más aclarado mi propósito, no me resta más que firmar, y así lo hago.





Los dramas taurinos
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Manuel García, El Espartero